cuentos escogidos

YAMANDU RODRIGUEZ



POPULIBROS DISA
SERIE LITERARIA N.º 5

Depósito Legal Registro 501/64



DISTRIBUIDORA IBANA S. A.

Paysandú, 876 - Montevideo (R. O. del Uruguay)

YAMANDU RODRIGUEZ



CUENTOS ESCOGIDOS

SELECCION Y PROLOGO

DE

SERAFIN J. GARCIA



Comisión del papel — Edición amparada
al Art. 79o. Ley No. 13.349

PROLOGO

Yamandú Rodríguez (1891-1957) comenzó sus actividades literarias cuando finalizaba la primera década del presente siglo.

Sus páginas iniciales fueron décimas de inspiración criollista, vibrantes y encendidas aunque un tanto enfáticas, que los diarios y revistas de la época acogieron entusiastamente en sus páginas.

Con una de esas décimas —"Raza Gaucha"— obtuvo el primer premio en un concurso poético que patrocinara "La Razón", órgano periodístico de gran prestigio y difusión por entonces. La misma composición sirvió de base a "Aires de Campo", libro inicial de su bibliografía, prologado por el Dr. Elías Regules y aparecido en 1915.

Poco más tarde el autor tentó fortuna en el teatro, género en el que le depararon sendos éxitos los poemas escénicos "1810" y "El Matrero'. Mucho menor resonancia alcanzaron otras piezas posteriores, entre las que cabe recordar "Cachorros" y "Fraile Aldao".

Pero fue en el cuento criollo donde nos dejó Yamandú Rodríguez los mejores frutos de su talento creador. Durante los años veinte, sobre todo, hizo de este género literario su medio principal de vida, escribiendo gran número de relatos camperos para distintas revistas rioplatenses, entre las que se contaban las de mayor difusión en Buenos Aires —"El Suplemento", "Leoplán", etc.—, donde su popularidad como narrador tornóse por entonces tan vasta como la que lograra algunos años antes otro cuentista nuestro: Javier de Viana

Esa constante actividad en el campo de la narrativa sirvióle para afirmar y depurar su estilo, y sobre todo su técnica, que alcanzó una seguridad y una destreza pocas veces logradas, aún por los más avezados cultores del relato breve.

"Hubo temporadas, sobre todo en Buenos Aires —me confesó cierta vez durante una de las largas charlas amistosas que con él sostuve—, en que me vi obligado a escribir un cuento por día. Era mi "modus vivendi" y usted sabe, hermanito (así

gustaba llamarme), que la necesidad tiene cara de hereje, como bien lo dice la sabiduría popular". Y luego de chupar con fruición el cigarrillo y apurar de un solo sorbo la taza de café (tomaba diariamente una docena, o más), añadió sonriendo con su aire bonachón de siempre: "Menos mal que así pude ir haciendo la mano y aprendiendo el oficio".

Que lo aprendió a la perfección, lo revela la maestría con que están construidos sus relatos, o por lo menos buena parte de ellos.

Sabe conquistar desde el comienzo mismo de cada cuento el interés del lector. Y no con trampas, ciertamente, sino con recursos narrativos de muy buena ley. Sabe también manejar con una pericia de titiritero experto los hilos del acontecer, sea éste sencillo o lleno de complejas ramificaciones. Y, sobre todo, sabe pintar cada personaje con trazos de una precisión y de una exactitud admirables, que muestran nítidamente los rasgos esenciales de su idiosincrasia. Si añadimos a todo ello la gran fertilidad imaginativa del narrador, que le permite urdir infinidad de historias y de peripecias humanas siempre nuevas, el ingenio y la gracia que condimentan sus relatos humorísticos, y la fuerza patética de que aparece imbuido el dramatismo de múltiples situaciones conflictuales, llegamos a la conclusión de que lo dicho anteriormente acerca de la capacidad técnica y del talento literario de nuestro cuentista no es un mero y antojadizo ditirambo sino una apreciación enteramente justa.

Algunos de los relatos de Yamandú Rodríguez están casi por completo desprovistos de anécdota, no obstante lo cual se leen con interés creciente de principio a fin. Acaso el ejemplo más ilustrativo a ese respecto lo constituya el titulado "Mal humor". Allí en realidad nada sucede. El narrador va enumerando simplemente las distintas reacciones —alternadas con oportunos recuerdos— de un viejo criollo gruñón, que comienza quejándose de la sequía y acaba echando pestes contra la lluvia. Pero la estructura del cuento es tan magistral que el lector lo disfruta sin apercibirse de la carencia de asunto. Por otra parte el personaje es uno de los mejor logrados por su autor.

También podría citarse "La defensa" como otro relato ejemplar, donde el "racconti" está utilizado con una destreza notable, y donde se conjugan en armoniosa simbiosis el sentido heroico y la honda nobleza humana de nuestro gaucho.

Felisberto Hernández, otro gran narrador uruguayo con cuya amistad me honré, solía decirme a propósito de Yamandú Rodríguez: "Siendo tan diferente de Chejov, se le parece en algo fundamental, sin embargo: en que como el maestro ruso, es capaz de construír un cuento perfecto aunque no tenga hechos para contar en él. Le basta una impresión, un recuerdo, la sombra de un dolor o una tristeza. Todo lo demás proviene de su pericia narrativa".

Cuatro libros de relatos criollos se publicaron en vida de Yamandú: "Bichito de luz", "Cansancio", "Cimarrones" y "Humo de marlos". Con posterioridad a su muerte —como ocurre casi siempre—, la crítica que durante tantos años habíalo ignorado comenzó a interesarse poco a poco por su obra de narrador, en un justiciero intento revalorativo, que acaso, con el transcurso del tiempo, logre espigar y rescatar del olvido cuanto digno de perduración contiene.

La compilación que aquí ofrecemos pretende ser, aunque en medida muy pequeña y modesta, un aporte a tal propósito. En ella hemos recogido muchos relatos que no figuran en los volúmenes citados, y que yacían perdidos en las páginas de amarillentas revistas. Y lo hemos hecho por entender que son de los mejores que produjera nuestro fecundo autor. Algunos como "La Defensa", "Domingo", y "Quintín", por ejemplo, nos parecen dignos de integrar la más rigurosa de las antologías del género. Y los restantes —de factura impecable según nuestro criterio—, ponen de manifiesto la sapiencia técnica y las mayores virtudes narrativas del escritor que nos ocupa.

Creemos haber sabido escoger. Pero quien juzgue en definitiva será naturalmente el lector, en cuyas manos dejamos complacidos y esperanzados esta selección de cuentos, hecha con paciente atención y con profundo cariño.

SERAFIN J. GARCIA

[illegible]

LA DEFENSA

—¡Cabo de guardia!

—¡Listo!

—Haga pasar al acusado.

El Consejo de Guerra sesiona en la carpa del Estado Mayor. Preside el coronel Gomeza, oficial de bigote cano y mirar adusto. Viste uniforme de campaña. Sobre el pecho luce las cintas de dos condecoraciones extranjeras. Entre la tropa goza fama de ser un sable con un hombre al costado. Es severo, impasible, glacial. Este frío explica la nieve de su bigote. Bajo el fuego conserva la misma imperturbabilidad. No se perdona error. Tampoco lo perdona a los demás. Merece respeto y no inspira cariño. Le secundan dos capitanes ayudantes. Ambos son jóvenes. En un extremo, el Fiscal, oficial de artillería, prepara el capítulo de cargos.

Son las seis de la tarde.

A las once de la mañana empezó el cañoneo. Desde esa hora hasta que la caballería salió en persecución del enemigo, los cuatro oficiales combatieron sin descanso. Cuando se prometían una hora de reposo, reciben orden de constituirse en Consejo. Abrochan sus casaquillas, cíñense los correajes, en la puerta de la carpa dejan la fatiga para volvérsela a poner sobre sus hombros oportunamente y se disponen a oír, juzgar y sentenciar.

—Permiso —dice el acusado.

—¡Avance!

Obedece.

—¡Siéntese! —ordena el coronel.

Así lo hace. Es criollo y viejo. Está triste. Para presentarse ante sus jueces, sacó de las maletas la bombacha y el saco verdosos, llenos de arrugas. En las puntas de su golilla aparece el monograma bordado; atención de alguna comadre. Tiene tres galones en el chambergo: el primero, incoloro; el segundo verde, y dorado el tercero. La copa ha sido calada por un balazo. Sus botas piden agua y las espuelas antiguas de plata y oro, conservan en las rodajas pelos, sangre y yuyos. Mira a los oficiales mansamente. El coronel permanece impasible. Los ayudantes, no. Parecen apiadarse. Reaccionan. Y

consiguen resistir la simpatía de aquel lancero en desgracia.

El reo y sus jueces están separados por una mesa y un mundo.

El candil da más humo que luz.

Cierra la salida un imaginaria de raído uniforme.

De tanto en tanto, corre por el campamento el alerta de los centinelas.

Tras breve consulta a sus papeles, el coronel pregunta:

—¿Su nombre?

—Gabino Centurión.

—¿Edad?

El acusado ignora este detalle. Alguna vez oyó decir a las viejas que cuando él nacía, su difunto tata montaba en un pangaré de la marca para seguir a don César Díaz. De ese mismo caballo lo "apió" en Caseros una bala de Chilavert. Por culpa del humo y de su casaquilla sin galones, el nombre de ese voluntario entró "mesturao" con otros muchos en el etcétera de las crónicas. Los Centurión siempre dieron poco que hablar. Casi no costaron tinta. Caían de cara al suelo. Les borraban primero la modestia y luego los caranchos. A veces recién apagada la guerra y en otras ocasiones al año de haber terminado, llegaba a la estancia, que era grande entonces, un compañero del finado con la divisa y la recomendación de siempre: "Que no afluejen". Ese día, el "mandao" ocupaba en la mesa el sitio del difunto y sin perdonar detalle, relataba los últimos momentos. Por lo común: "venían cargando hombro con hombro cuando él lo vido cáir del montao. El tiempo andaba escasón. Le alcanzó justo para recibir un encargo, dar un santiguao y estribar". Después la comida terminaba en silencio. Las mujeres hacían lo posible por no llorar, y los varones, por sonreir. Gabino recuerda haber cebado mate al hombre que llevó la divisa de su tío Hermenegildo Después, muchachón ya, desensilló el "sudao" del milico que recogiera el último aliento de su hermano Encarnación caído en la Libertadora. Y siendo mozo formal, a falta de mujeres, recibió la lanza de Casildo Centurión, su mellizo, que se hacía presente con aquella tacuara lustrosa, mucho más duradera

que sus dueños. El arma "e'la familia" iba pasando de diestra en diestra. Todas las enfrió. Nunca se acostaba. No la dejaron. Dormía recostada bajo el poncho de polvo. Siempre la despertó el primer "barullo". Entonces salía al campo con un nuevo regatón de carne y cuando éste se aflojaba, ella seguía entre el fuego mostrando los colmillos.

—Vamo a poner setenta años, Coronel —es lo único que responde.

—¿Célibe?

—¿Lo qué?

—¿Soltero? —aclara el presidente.

Y zonzo, tiene ganas de agregar Centurión. En realidad, cuando mozo fué casi tan feo como lo es ahora. Siempre tuvo los ojos encapotados y más cejas que bigotes. Nació para mirar "duro"y hablar suave. De su dentadura conserva el recuerdo y dos incisivos que parecen haber seguido creciendo desde entonces. Están amarillos, maduros, casi al caer. Es pequeño, delgado y calmoso. Sacó un espíritu, más grande que el que correspondía a su osamenta. A pesar de su fealdad, pudo haberse "amigao" con más de una china impresionada por sus mentas. Y hasta casarse pudo. Nunca se decidió. Cierto es que le hicieron vacilar. Cuando con algunos compañeros y un "padre", llevó al camposanto la última vieja de su apelativo, la soledad le empujó contra las tranqueras. Tomó "dulces" con azahar y miradas. Lo primero para curar el mal de las segundas. Faltábanle agujas y le sobraban clavos a sus bancos. Suplió las mujeres con su asistente. "Venceslao" era servidor viejo y hacía cada zurcido como abrojo. Más tarde, en cierta boda, dió con la paisana que hubo de "amancarronarle". Se juntaron en un descuido. Ella le pestañeaba. Abanicó su rescoldo. Centurión pasó noches enteras alegando. Y estuvo en la misma puerta de la iglesia; pero miró la de la sacristía y se empacó a tiempo. Si entraba por una, después seríale preciso entrar por la otra con un gurí en brazos. Frente a la pila, el sacerdote preguntaría:

—¿"Cuálo" es el padre?

—Un servidor.

—¿Cómo se va a llamar el niño?

—José Gervasio —diría él sin vacilar. Ese era punto discutido y resuelto.

—¿Centurión?

He aquí lo grave. Aquel apelativo ataría al infante a una lanza con nudo potriador. Hasta el momento, ese lazo lo cortaba la muerte. Y Centurión no quiso criar más carne para los chimangos. Nunca lo confesó. Su propósito sentaría mal a los "agregaos", viejos amigos del renombre de su familia, "porción de inútiles acampados en la estancia durante lustros a la espera del clarín. ¿Cómo hablar de eso? Podándose, castrando a la raza, faltó a la recomendación de todos los agonizantes. ¿Aflojaba? Sí. Aflojaba; pero no él: después de él. Los "Centuriones" se acabarían antes que las guerras. ¿Acaso él era tan crudo? Degeneró. Le "precupaban" los sembradíos. Dolíale pasar con su escuadrón trillando trigales verdes y quemar una alcantarilla para asar picanas de toros puros. No lo hacía por su campo. ¡Si ya no le quedaba estancia! Repartos, procuradores, "habilitaos"... Este potrero cedido a Melgarejo en premio de constancia. Aquel pedazo "cortao" como una achura, para que parase su asistente, cansado de tanto rodar... No conserva nada más que la azotea y lo que da de sombra: cuatro gemes "pastaos" y la fama. Al acabar en él con los suyos, se prometió la golosina de una buena muerte. Hizo el juramento: sonaría al caer, para que le oyesen hasta sus dijuntos.

—¡Responda! —ordena el coronel.

—Soy soltero, en efecto —es cuanto dice.

—¿Uruguayo?

A don Gabino casi le ofende esta pregunta. ¿Acaso tiene laya de extranjero? Nadie sabe qué viento llevó al primero de su apelativo hasta la orilla de San Salvador, ni qué nube hizo barro para sembrarle allí. Brotó en mocetones lampiños y estoicos, de malas pulgas y buenas palabras. Acaso era indio; de lo que está seguro es que ya nació criollo.

—Oriental soy, a Dios gracias —dice.

—¿Alcanzó el grado de capitán a guerra?

Por milagro —piensa. Nunca creyó llegar a más nada que a "dijunto". Con tal esperanza dejó su azotea por el campamento. Inició su primer campaña seguido de cuatro voluntarios. No los invitó. Ellos tranqueaban solos, amadrinados a su pangaré. Cuando se entreveraron miró hacia atrás y notó que le seguían dos caballos con sus lanceros y

los otros dos "vacidos". Aquella vez, dentró de brazo arremangado. Lanceó. Se arrimaba mucho. Quemáronle las cejas a trabuco. Vió arremolinear un escuadrón, en enjambre erizado de moharras. Había caído el jefe. Se puso al frente. Extendió los brazos. Detrás de esa muralla de coraje, los hombres se rehacen. Carga. El nubarrón tropieza en todas partes con aquel tropero que le arrea en calle. Centurión pecha en los flancos. Rampante el pangaré desafía ahora las guampas. Brota. Se multiplica. Desde la culata picanea a los "cansaos". Empuja. Es jefe, aguatero, confesor... Todo a la vez. Sin gritos, sin improperios, casi silencioso; con un lanzazo para el que vuelve el anca. Esa tarde, una china "tortera" cosió el primer galón en su divisa. En aquel entonces, tenía treinta años. Las moras le "cuerpiaban". Alguna no se apartó a tiempo y pasó por el medio. Otras no quisieron salir de su carnadura. En vano el asistente "Venceslao", a punta de cuchillo, agrandó la cueva para sacarlas. Sobre el campo de "Perseverano" le abandonaron por "dijunto". La división se aleja. Pero un mes más tarde don Gabino resucita. Esquelético, desangrado, envuelto en la mortaja del poncho, aparece una noche. Tiene el alma cosida a costurones. Al verle, se desparrama el fogón. Ya es teniente. Wenceslao lo trata de "usté". No quiere envejecer... Cobró miedo a los años. Notó que el roce con la gente y las cosas, sobaba su corazón. Para enfriarle se mesturó con el enemigo, mateaba en las guerrillas, dejó mudos a los compañeros, hizo hablar las guitarras y enlutó a las mujeres del pago. Parecía "retobao". Después de cada desarme, cuando el general les daba las gracias, la mano y el "montao", contaba los suyos, y volvía detrás de todo arrastrando el lanzón. Lo más de las veces se quedó en penitencia, en cualquier rancho amigo. Y cuando calculó que las viudas no le saldrían al cruce, desensilló en su azotea sin tranquera y sin gurises. De la penúltima patriada regresó con una oreja menos y un grado más. Tenía sesenta y tantos años. Llevaba apenas medio siglo de guerrero. Encontró que eran demasiados galones los suyos. Después de todo, él nunca fué otra cosa que un pobre criollo redondo, sin letras, sin máistro y sin más mundo que el vislumbrado confusamente a través del hu-

mo de su ignorancia y de la pólvora. Le sobraron buenas intenciones; pero siempre se las pasmó la suerte. Hubiérale gustado leer, arar, sembrar trigo y muchachos para que se lo comieran. ¡Pero no le dieron a elegir! De muy atrás venían los suyos dando lanza. ¿Cómo "resertar"?

—Soy capitán mesmo dice.— ¡Y hast'áura por qué méritos!

Hombres alcanzó a conocer como "Cuati", que sabía ordenar una descubierta, tender en escalones un regimiento y atalayar cualquier pieza. Fué "trompa" hasta que de tanto soplar se le enderezó el clarín. Ingresa en los lanceros. Marcelino Sosa se lo presta a Fausto Aguilar. Este medio le desnuda en Carpintería. Come butiá en Las Palmas. Mocha su tacuara en Cagancha y sus nazarenas en Arroyo Grande. Pasa necesidades en el Sitio. Y para quedar quieto precisa que le hieran primero, le degüellen después y le saquen las botas. Nunca pasó de alférez, sin embargo...

En esto piensa, cuando el coronel dice.

—¡Hable el señor fiscal!

—Acusado, —pregunta éste,— ¿forma usted parte de la tercera brigada?

Don Gabino puede responder que él es paisano y manda un escuadrón de iguales. Se incorporó a la columna de su compadre el general Castro. Un mal día el Estado Mayor pide cien criollos para amansar tal caballada. Castro no se avino a consultarlo. Dispuso de él. Las palmas le marcaron. Olvidó el sacramento. Hasta entonces habían sido amigos... Cuando mozos se prestaron desde un peso hasta el anca del "cansao"... Así, durante toda la campaña, sus muchachos se desafilaron entre baguales. Se amansaban amansando. Llegan las primeras escaramuzas, el bautismo. Centurión espera ese instante, donde es preciso entrar con las rodajas trabajadas para que no lloren. Manda ensillar. Con los caballos de la rienda aguarda la orden de ataque. El fuego se apaga y esa orden no llega. Sus soldados eran casi todos "herejes" todavía. Las madres se los habían llevado de la mano Al verles tuvo ganas de pintarles bigotes con un tizón. Comprendió que aquello no podía seguir así. El fogón se parecía demasiado a la cocina de su estancia. Los muchachos acabarán por entumirle la volun-

tad... Ya son poco menos que sus hijos. El necesita aprender a perderles y ellos a dejarse matar. Como se descuidasen les faltaría valor a todos. El capitán sabe que el peligro jiede. Es necesario soportar de a poco los tirones del instinto. La primera vez se entran de "carretiya cáida". La segunda se rompen muchas hojillas para armar un solo cigarro y por último se avanza a encenderlo en el fogonazo del enemigo. Esa noche se "apió" en la carpa del general Castro.

—Mirá, Manuel —le dijo,— ¿vamos a sacarnos los gachos con eso quedamos de criollo a criollo?

El compadre aceptó.

—¿Por qué cres que me incorporé a tu coluna?

—Vos sabrás, Centurión....

—Porque sos un paisano cuasi tan cerrao como yo; y te tuve por mi amigo.

—Lo soy.

—Disculpá; pero no es ansina. A un amigo que se aprecea no se le manda a cuidar mancarrones.

—¿Qué querés hacer?

—Servir.

Castro meditó un rato y en la punta de ese silencio, preguntó:

—¿Cuántos años tenés, Gabino?

—Muchos —repuso,— pero con ser tantos, son agatas los precisos pa saber que los honores cambean a las personas.

Y explicó al otro paisano al oído, "al alma", sus recelos. El compadre no tenía tiempo de general bastante como para haber olvidado que de domadores sólo salen mansos. Le amancarronaban su gente. El día de tormenta que necesitase "dentrar" con los reclutas quedaría en vergüenza. El mismo ya no era lo que fué. Tenía miedo de su corazón. ¡Quién sabe si podría reparar a chuza los errores de la comandancia!

Castro tenía los ojos húmedos cuando le abrazó.

—¡Qué viejos estamos, Gabino! —le dijo.

—¿No es lástima que me disgracee, áura? Te pido una ucasión, hermano, y dispués un "bendito". ¡Damelá!

El compadre quiso salvarlo. Tres meses más tarde Centurión seguía en retaguardia.

—Ansí es don Fiscal —contesta.

—¿Hoy, capitán, recibió orden de alistar la tropa?

En efecto. Churrasqueaban cuando llegó el parte. Los soldados perdieron el apetito. El también. Mas para dar ejemplo, continuó mascando su achura. Aparecieron escapularios y desaparecieron colores. Llegaba hasta ellos, entre el maullido de las granadas, el ronco toser de los cañones. Un chifle con caña corrió de boca en boca.

—¡Enfrenten!

Dividió el escuadrón en tres secciones. Tomó el mando de la primera. Confió la segunda al teniente Melgarejo, lancero de toda su confianza. Su banderola era un trapo antes de la pelea y un coágulo después. Combatía con la boca sucia de insultos y sangre. Dió el comando del tercer pelotón a su asistente "Venceslao", zorro de campamento, guasquero, zafao y comedido, un indio capaz de prender charamuscas en los relámpagos. Cebaba mate a caballo bajo agua y en derrota. Puso a los "quemaos" en la culata.

—Pa que rempujen —aclaró.

En el centro "mesturó" veteranos y reclutas.

—¡Pa que meneen chuza al que da güelta! —repitió.

En las primeras filas, hombro con hombro, alineó a los más tiernos. Se puso al frente.

—Estean tranquilos —les dijo.— Yo los viá llevar a la boca'el horno.

Y esperó.

—En efecto —responde al Fiscal.

—¿Qué hora era, capitán?

—L'áuna, serían...

—Señores —agrega el artillero,— la tercera brigada de infantería, ocupó sus posiciones entre la azotea de don Pedro Delfino, donde apoyo su ala izquierda, y el paso del Negro del arroyo Bravo. En el centro de esa línea combatía el cuarto batallón, haciendo espalda en una manguera de piedra. A la una de la tarde, precisamente, el enemigo logra romper el frente. Los batallones tercero y quinto pierden contacto. Son necesarias reservas de caballería para cerrar la brecha. Parte un ayudante en busca de los regimientos y, entre tanto, el capitán Centurión, de las milicias, recibe orden de cargar allí —se vuelve al acusado.— ¿Reconoce usted de haberla recibido?

El viejo no ha olvidado detalle. El cielo estaba azul y sucio de pólvora. El pitaba "callao", pensando en demasiadas cosas. ¿Por qué los pobres que somos tantos nos hacemos matar por los políticos, que son tan pocos? En eso llegó el ayudante en un caballo rabicano,

—¡Cargue! —ordenó señalando.

—¡Está bien!

A través del humo alcanza a ver las guerrillas de los contrarios. A un lado se abre la manguera de piedra. Al otro, campo abierto. En el medio, un infierno de balas. Agazapados entre los trozos de granito, algunos infantes hacen fuego graneado. Entonces, Centurión arremanga su brazo derecho.

—¡Alcanzame mi lanza, "Venceslao"! —dice al asistente.

El indio obedece.

—¡Acortame los estribos, Melgarejo! —agrega.

Una vez preparado, agrega:

—Tenemos que cerrar este ujero, mis hijos. ¡Sigamén!

¡Enristran y avanzan al galope por aquella cuadra de campo que no termina nunca! Van pálidos, encogidos, escudados en las cabezas de las bestias. La boca del teniente Melgarejo lastima antes que su media luna. Unos ruedan en los pozos y otros en la muerte. El enemigo forma cuadro. Centurión distingue el clarín que comunicaba la orden. Entre las descargas parece muda su boca de cobre. Les reciben en las bayonetas. Chocan. Pelean apretados los dientes y las zarpas. Retroceden. Tras la manguera, el viejo capitán reorganiza sus hombres.

Las reservas no llegan.

El ayudante reaparece.

—No les hicimos nada. ¿Qué mandan? —pregunta el lancero.

—¡Cargue otra vez, capitán!

—¡A caballo! —ordena.

Les mira. Son muchos aún. "Cuánto, cuánto habrá dejado un par de docenas para señalar el trillo." No dispone de tiempo "pa" más cuentas.

—¡Vamos!

El escuadrón abandona su refugio. Cruza a media rienda. Delante, cortado, el capitán. Detrás, un espacio lleno de gritos. Por último, en grupo, la perrada. Ya no hay escalones. Vienen cruzando los

costillares. Cansan los rebenques. Las bestias se estiran. Alcanzan el cuadro. Muerden. Lo mellan; pero no consiguen romperle. Enredados en aquel alambre de púas que echaba fuego, mueren y matan, a ciegas. Centurión, de pie, pelea a cuchillo. Tiene más pena que odio. ¡Su pangaré agoniza mordiendo los yuyos! Entre la neblina que le circunda oye estallar las procacidades de Melgarejo. **El teniente abre claro a chuza.** Llega hasta don Gabino. Manotea la rienda de un caballo. A coraje, hace tiempo para que monte Centurión. Pecha. El cuadro se lo traga. El capitán salta y continúa lanceando. Rastrea a su amigo. No consigue verlo; más lo oye. El teniente está dentro del fuego. Pisa las brazas. ¡Se quema de gaucho! Al viejo le sobran nazarenas "pa" llegar hasta él. Reúne cuatro o cinco indios y empuja..., empuja... Se corren por las malas palabras del veterano. Y, de pronto, dejan de oírle. Melgarejo ha tropezado con su silencio. A qué seguir porfiando allí? Retrocede. Le siguen. Ahora descansa tras la manguera. Desmontan. A cada instante un proyectil da en las piedras y le empolva el gacho. Cuenta los presentes. Queda medio escuadrón. Mira a sus indios uno a uno. Deja las pupilas largo rato en cada rostro inexpresivo. Ellos no ven a su capitán. Ninguno se compadece de él. Permanecen apoyados en los cojinillos, inmóviles, ausentes. Gotea sangre la fragua de las "verijas". Nadie fuma. Nadie habla. El socorro no llega. A Gabino se le nublan las vistas. Habrá que volver a salir del llano donde el viento voltea sus hombres. ¿Cuántos quedarán esta vez? Se defiende. No caben palabras. No tiene ganas de hablar; pero es preciso hacerlo. ¿Quién será el duro capaz de ayudarle a soportar un tema?

—¡"Venceslao"! —grita.

El asistente se acerca, sombrío.

—¡Ordene!

—¡Les hemos dao hacha y tiza! —exclama el viejo.— ¡No tendrán queja é nosotros!

Menea el indio la cabeza. Mira los restos de la centuria. El jefe guiña, Wenceslao comprende. Entonces, ambos sonríen.

Nos venía haciendo falta un poco e' gloria...

—¡Mesmo!

Pierden tiempo. Nadie les mira, ni oye.

—Melgarejo ha de haber cáido prisionero —comenta el asistente con otra guiñada.

—Sí..., lo vide...

Saben que está frío, el pobre.

—Capitán: ¿quién va'comandar el segundo escalón, áura?

—Llámalo a Mauricio!

—Es muerto —dice en voz baja el asistente.

Centurión mira. Busca el hueco dejado por el caído. Entre los hombros de sus compañeros de fila, se le aparece la cara interrogante de la mujer del muerto. ¿Qué le dirá cuando se crucen?

—Era mozo de vergüenza —dice para que le escuchen.— Pero peleaba sin alivio. ¡Bien se lo encaré!... —y grita: —¡Liberato!

Nadie responde.

Se arrepiente. Debió buscarle entre los vivos antes de llamar. ¿Pero tiene la culpa de ver turbio todo?

—Es muerto —repite Wenceslao.

—¡Pucha que son chambones! ¡Se han dejao matar al ñudo! ¿Me asigurás que es cáido?

El interrogado enseña un reloj de níquel. Bajo la tapa, el capitán vuelve a encontrar un rostro de mujer.

—Era d'el...

Una tras otra aquellas sombras se van echando sobre el jefe. Hielan su "alegría". Se levanta. Saca fuerzas de las raíces del nombre. Restrega sus manos. Sonríe. Alza el tono como si fuera liviano gritar entre tanto mudo y tanto muerto...

—¡No es nada, paisanos!

Sólo Wenceslao responde:

—¡Claro que no!

—¡Dispués de todo, no precisamos oficiales. ¡Conmigo, el coraje y la satisfasión de pelear, basta!

El ayudante llega por tercera vez. Pide agua. Bebe de la cantimplora que le alarga un soldado. Deja caer el líquido por su cuello hasta la guerrera, y sin apartar el chifle de los labios, señala hacia el enemigo.

—¿Qué cargue? —interroga Centurión.

Asiente el oficial y continúa bebiendo.

Y don Gabino lleva sus pobres lanzas otra vez y otra más aún. Ataca con cincuenta hombres. "Re-

cula". Topa con treinta. Vuelve con un puñado. Resuella y pecha todavía. Ahora, a lo lejos, brillan al sol las armas de los regimientos que trotan hacia el punto de peligro. Tras la manguera, el capitán rodeado de heridos, quema las últimas reservas. Siente cansado el brazo. Le pesa la tacuara y la vida. Falta "Venceslao". El indio se dejó caer por el anca. ¡Le sobraron razones y agujeros! Tuvo ganas de sacudirle. Sabía que iba a encontrarse solo, cara a cara con este pucho de "salvaos"...

—¿Por qué no galopean los rejuerzos?

Levanta los ojos al oír esta pregunta. El curioso es Julián Cáceres, su ahijado. Dejó la escuela por el ejército. Se le presentó en pelos sobre un "cacunda" y bajo un chambergo "hallao". Quiso servir. El viejo le entregó un juguete: el clarín. Ahora el trompa habla oprimiendo el pecho con una de sus manos.

—¿Qué tenés, hijo?

—Estoy vandeao —responde. —Si no me tapo ansina, se me escapa el resuello.—Mira hacia retaguardia e insiste: —¿Por qué no galopean?

—¿Querés que dentren con los mancarrones transijaos?

—Es que si no se apuran...

—¿Qué?

—¡Nos acabamos, padrino!

Centurión se enoja. El muchacho pasó muchos meses soñando con la guerra. Vino a jugar a los soldados y se quedará allí. Piensa que bien pudo morir con los otros... ¿Por qué llegó hasta el resguardo? Es chico el sitio. Cuando caiga andará enredándose en las espuelas de los hombres... ¡El ya tiene poco entusiasmo para que ese niño se lo quite! Hace rato que anda con miedo de besarle en la frente...

—¿Qué tragás? —le grita.

—¡Y... sangre! —responde con los ojos muy redondos.

No puede más. Lo besa.

—¿Querés algo p'allá, Julián?

—No. ¡Si no es nada..., don Gabino!

—Tal vez...

—¡Jué un ujerito!

—Sí, claro... —Ve llegar un nuevo ayudante.

—¿Golveremos a cargar, padrino?

—Dejuro —responde Centurión.— Pero vos no montés esta güelta.

El ahijado se resiste. Quiere ir. Pone el pie en el estribo. Erra. Agarrado a las crines cuelga un instante. Se le cae el juguete. En seguida el chico rueda sobre los pastos.

—¡Cargue! —ordena el oficial.

—¿No ve que ya viene llegando la caballería? —objeta.

—¡Cargue! —repite el ayudante.

Don Gabino abandona el resguardo. Sale a descubierto. Se yergue entre las balas. Desde allí contempla los restos del que fué su escuadrón: son catorce heridos. Si les ordena, algunos caerán; pero otros montan. En ese momento un proyectil agujerea su gacho. Otro, mejor dirigido, quema su mejilla. Permanece inmóvil; ni desdeñoso ni entusiasta. Aquello no reza con él. ¿Obedece? ¿Resiste? Tal vez alguna mora se sirva sacarles de dudas. Desde el suelo, el ahijado le mira fijo, constantemente. Centurión encuentra que, en la agonía, los ojos de Julián se parecen a los de la "mama". ¿Qué dirá su comadre cuando sepa que dejó matar aquel cachorro? Busca una sola cara altiva. No la encuentra. Este, de pie, vacilante, sólo espera el empellón que le acueste. Otro, "abombao", escribe con el dedo una inicial en el polvo. La borra y vuelve a empezar. Aquél, herido en el labio, escupe a cada instante saliva roja. Indiferente, encerrado en el agujero de la herida, estira el cuello para no manchar la golilla y así se está, inmóvil; mientras corren por las hebras de sus barbas gotas de sangre espesa, coaguladas...

Ahora los ojos de Julián quieren cerrarse. Pesan sus párpados. Ya el niño no puede con ellos...

—¿Se niega a combatir, capitán Centurión?

—¡Yo! —responde. —¡Qué me viá negar! Pero no con esos pobres indios— señala.— Vaya y dígalo. Aquí lo espero. Si el general quiere, sigo cargando solo, mientras me dea el caballo y el resuello.

—¡Falta usted a su deber!

—Güeno...

¡Aflojó!

Se aleja el ayudante. Las reservas pasan sobre los muertos. Centurión monta y les sigue a espuela y rebenque. Sus moribundos parecen morder

los garrones del caballo. Alcanza y lancea, lancea, sin asco, a la espera del tiro que acabe con él... ¡No tuvo esa muerte! Por esto, ahora, necesita responder al Fiscal:

—Recebí, mesmo, esa orden, señor.

—Capitán Centurión, ¿reconoce usted haberse negado a cargar?

—Así es.

El artillero se pone de pie.

—Señores jueces —dice.— La desobediencia frente al enemigo se paga con la vida. El capitán Gabino Centurión merece pena de muerte.

Convencido de ello, el viejo lancero agrega:

—¡Claro!

—¿Desea usted nombrar defensor? —interroga el presidente.

—No. coronel.

—¿Prefiere defenderse personalmente?

—¿Eso será...

—¡Hable!

¡Podría decir tantas cosas! Durante el juicio pensó mucho y habló poco. Acaso aquellos jueces no conozcan sus servicios. Ignoran que todos los Centurión vivieron mal y murieron bien Les diría que su lanza viene guerreando desde la madrugada de la nación. El la recogió ya bastante mellada, hace más de medio siglo y la siguió gastando... Podría mentar hasta la décima que le dedicaron en un fogón de "Arbolito". Seis veces salió de su azotea seguido por un centenar de paisanos y otras seis veces volvió casi solo. de fumo en el chambergo. A ocasiones la patriada lo sorprendió rico, enamorado, enfermo. Nunca titubeaba. En aquellos encuentros no esperó "ayudantes". Las divisiones combatían de voluntarias, gastando más valor que pólvora, sin ruido. Oíase hasta el clarín que "añudaba y desañudaba" las trenzas. Después, con los años, empezaron a "menudiar" uniformes. Se "dentró" a pelear "retirao". hoy sin oír el enemigo y mañana sin verle. Cuando los brazos llegaban a las tacuaras ya estaban envarados de tanto hacer la venia. Luego, podría decirles, que él no se cansó de combatir, sino de hacer matar infelices. ¿Por qué salió a campaña la última vez? Obligado. Muchas noches consultó el asunto con su "chala". ¡Claro que se presentaría! ¿Acaso sirvió nunca para otra

cosa? Cuando mozo, quiso trabajar. No le dieron tiempo. Entonces se salía de un barullo para entrar en otro. Después, de viejo, se resignó. Los galones no "decían bien con los güeyes". Peligraba que se rieran de él los compañeros... La noche que su compadre Suárez le mandó "envitar pa l'última", llamó a su asistente y a Melgarejo. Ninguno de los dos hacía otra cosa que fumar, de caballo "agarrao", en espera de aquel momento. Llevaban tres años aguardando ocasión de volver al "trabajo". No tenían más oficio que el de lancear... Los tres saldrían en la noche, con mancarrones de tiro, chifles de caña y afición... No pudo ser. El pago se enteró. La primera en llegar con dos de los hijos fué su prima Apolinaria.



—En tus manos los entrego —le dijo.

¡Cómo negarse!

—¿No estarán mejor arando, che?

—¡Ya lo creo! —repuso la "parienta".

—Déjalos aquí, entonces...

—¡Amalhaya pudiese! Lo mesmo se los van a llevar. Tal vez los saquen "pa" infantes...

Siquiera con Centurión tendrían caballo y alguien que velase por ellos. Les aceptó. Tras aquella madre empezaron a llegar otras. La presunta viuda de Mauricio, llena de orgullo, le entregó su marido. Y en el instante de marchar la columna se puso a gemir por el hombre. El estaba dispuesto a dejarle. Fué el "finao" quien se opuso, por no pasar la vergüenza de quedar solo entre tantas mujeres. Esta tarde, junto a la manguera, en un ratito le mataron a casi todos. A esto, el acusado puede agregar que hay un solo culpable: el enemigo. ¡Debió comenzar por él! Aún no sabe con precisión por qué salvó aquel puñado de lanceros. Quizá lo hizo por las chacras del pago. Quizá por las mujeres... Quizá por ellos mismos, que le miraban con pupilas turbias, dilatadas, horribles, como si él fuese la muerte. Eran cristianos, criollos, amigos suyos. En determinado instante les creyó sus nietos... Posiblemente, todas esas razones, unidas a su fama, a las roturas de su camisa, de su cuero y al coágulo de su media luna le salvasen ante un tribunal de paisanos. Pero aquellos militares no le van a entender. ¡No pueden entenderle! Están en la otra punta de su campo. Entonces: ¡a

qué hablar!

Así, cuando por segunda vez el coronel pregunta:

—¿Qué tiene que decir en su defensa?

El acusado alza hacia su juez los ojos mansos y responde:

—Nada, señor.

¿Conviene usted en que su actitud de indisciplina merece castigo?

——Merecerá...

Deliberan. ¡Se ponen de pie! El acusado les imita.

—Capitán Gabino Centurión —dice solemnemente el coronel,— este Consejo le condena a sufrir la pena de muerte. A la salida del sol, será usted fusilado.

¡Piensa el reo que así se libra de volver al pago, tan lleno de mujeres enlutadas!.... Que nadie le va a pedir cuentas... Que le queda "picadura" y "chalas". Y responde:

—Es justicia, señor.

QUINTIN

A las cuatro de la mañana Jacinto sale al patio y no ve luz en la tapera del vecino.

—¿Andará enfermo?

¡Es tan "delicao" de costumbres Quintín! Lo sabe capaz de padecer solo toda la noche con tal de no originar molestias. "Maliciando lo peor", Jacinto Cruz pasa por entre los alambres, corta al sesgo el camino y cuerpea el cardal. Mientras avanza siente crecer sus sospechas. Porque el moreno madruga a lo pájaro... ¡Cómo que se acuesta cuando las gallinas! Además, los muchos años traen desvelos. Tal vez Quintín padece dolores en los "güesos"... ¡Ha soportado tantas "garugas" sin poncho!... Pero sólo sabe Dios lo que el pobre negro sufre o deja de sufrir. Sus ojos son invariablemente dulzones, aunque la boca esté siempre como enojada, trompuda, solemne... Cuando se distrae muestra los dientes de abajo. Suele pasar horas y horas silencioso, con los pies juanetudos bien afirmados en el suelo, las manos sobre las rodillas, las cejas grises enarcadas y el belfo caído... Si está enfermo y no pidió socorro merece una reprimenda... ¿Acaso es perro para sufrir "tirao en l'oscuro"?... Tanta "humildá" termina por ofender.

Desde la puerta Jacinto pregunta:

—¿Se durmió, Quintín?

Silencio. Avanza. No necesita luz para guiarse. De sobra conoce ese rancho rico en "güecos" y pobre de muebles. Sabe que la petaca está a la derecha. La única silla, lunanca por ineptitud del constructor y mecedora por gracia del uso, "llena" el muro frontero. A la izquierda se encuentra el lecho, verdadero panal de polillas, una cama venerable e indestructible, a prueba de años y de insectos, de esas que decoran el mejor dormitorio de las fondas y a cuya vista nos preguntamos siempre cuánta gente habrá muerto en ellas.

—¡Quintín!

Silencio. Cruz permanece inmóvil. Por más que "para la oreja" no consigue percibir la respiración del anciano. Se aproxima al lecho y vuelve a escuchar... ¡Nada! Alarmado ya, inclínase a oscuras y su mejilla roza una mano helada. Busca afanoso el

candil. Hace luz. Mira... y se saca el chambergo. Quintín es difunto. Murió como viniera: solito...

"¡Por qué no me haberá llamao!— piensa Jacinto.—¿Falta de tiempo?".

No: sobra de "cortedá". Presume que el vecino se dejó morir para no dar trabajo, por entender que su vejez de negro inútil, de trasto herrumbroso, no merecía los desvelos de nadie.

Y Cruz disculpa al finado. No lamenta esa vida apagada después de haber ardido lo suyo... Ya Quintín, yerba de cimarrón, había soltado todo el jugo. Los patrones se aburrieron de sus servicios. El lobuno flaco también se le desertó en agosto. Quedó de a pie el moreno tembleque. Era muy resignado; pero quizá, a lo último deseaba morir. Y después de tanto repechar, tenía derecho, ¡qué diablo! Por eso no es compasión lo que Jacinto siente. Es otra cosa vaga, imposible de explicar. Se sienta, pita y busca la causa de su sinsabor. ¡Hubiera querido hallarse junto al negro!...

¡También el finado era tan político!

¿Y su resignación no sería indiferencia?

Cruz prosigue la búsqueda. En todos los caminos tropieza y pisa la "humildá" del moreno. Quintín agonizó así; porque era así. Consecuencia de color, de enseñanzas, de "resabeos". En su cerebro de niño arraigó el deber de servir a los demás y bastarse a sí propio. Pero eso no conforma a Jacinto. Después de todo el difunto fué un "cristiano". Siendo tan vecinos, Cruz debió presentir la agonía del pobre. En este momento recuerda que cuando se enfermó su caballo azulejo él no necesitó aviso para correr al lugar donde el animal estaba... Esas serán brujerías sin explicación; pero innegables.

Luego reacciona: el moribundo no necesitaba testigos, sino médico o sacerdote. ¿Qué hubiera remediado Jacinto? Nada...

—Tan solo que está el cristiano al morir —murmura—y tan triste como es para cualisquiera abandonar a otro en ese trance.

He ahí la verdad; pero no es menos cierto que, agarrado de la mano de Cruz, Quintín se habría ido en paz y Jacinto la tendría ahora... Luego, el anciano era creyente. Aún conserva puesto el escapulario... ¿Cómo pudo creer ese infeliz después

de haber padecido tanta carencia? Sin duda porque fué negro y negro a la antigua, de "tu", de cachimbo.

¡Pensar que no tuvo ni un rezo! Para colmo Jacinto ha olvidado sus oraciones. En Viernes Santo, cuando la mujer de Zarasola, reúne a la peonada para el rosario, Cruz sale del compromiso con un "Ave María" bien pronunciado y el resto confuso, en rezongo... Con el moreno, ante una verdadera agonía, ¡cómo jugar así! No importa. Pudo siquiera arrodillarse en el suelo. ¿Quintín habría permitido semejante postura?

—¡Qué esperanza!

Entonces, de pie, habríale dicho muchas cosas: ..Yo siento que se me vaya, vecino... A la vez compriendo que usté quiera dirse... Ya no vi'a poder tocar más la guitarra pa distración suya". ¡En fin! ¡Y si el negro, tan amigo de escuchar, pedía morir con música, Cruz hubiese cantado. ¿Por qué no?

Despabila el candil. Abre la petaca. Allí está la vigüela acostada como su dueño y llena de "zurcidos" también. No la despierta. Sonríe a pesar suyo; porque no obstante ser finado, Quintín tocaba muy mal. No era guitarrero; gaucho sí fué y mozo... Sus dedos "macetas" iban por un lado y el sonido por otro. Algunos días de estío, los de más calor, a la hora de la siesta, poníase a cantar por "cifra". Sólo conocía ese toque y un verso:

Como güen hijo de tordo,
salí negro y vagabundo,
a esperar el perdigón
que me saque d'este mundo.

Pájaro humilde, le tocó en el reparto ese cantito feo y corto. Lo repetía tanto que Cruz acabó por aprenderlo. Cierto atardecer incurrió en la "maturrangada" de cantarle esa cuarteta. Esperaba halagar a Quintín. Y cuando le miró "vido' que el anciano lloraba. ¿Qué pasaría por aquel corazón? Jacinto no era culpable; ¿lo fué el crepúsculo, tan triste siempre? Por algo Quintín sólo gemía a la hora de más luz, en la borrachera de sol.. ¡Chicharra mejor que torcaz! Después el negro confesó que el versito era suyo: allá por sus treinta años, cerca del Brasil, una vez que estuvo contento se sintió payador. Había ganado cinco pesos en las carreras,

compró una guitarra de segunda mano y, por complacer el capricho de cierta parda, comenzó a componer la historia de su vida. Poco después la musa murió y el poema quedó trunco...

—¡Pobre moreno viejo!

Cruz se sienta al pie de la cama. No bien aclare y pase alguno por el callejón lo enviará a la estancia con la noticia. Sería feo dejar solo al finado. Quisiera cumplir con él... ¿Cómo? Si Jacinto fuese hombre de luces continuaría el "compuesto" de Quintín... Pero muerto éste, ¿a quién interesa su historia?

—A naide...

Medita. Retrocede un año... Se borra la tapera y Jacinto vuelve a vivir aquella tarde otoñal. Está en la estancia. Cuatro o cinco de los peones, recostados en los alambres, fuman a lo lejos y callan. ¿De qué hablar cuando todo sigue lo mismo? Por la senda del potrero grande avanza un jinete. Su caballo es lobuno, esquelético, aperado con dos cueros y unas piolas. El desconocido trae a los tientos la maleta desinflada, pellejuda como el matungo, y apoya con precaución en las "cruces" algo envuelto, arrebujado en medio poncho.

—¿Será una criatura? —interroga Jacinto.

—No parece...

La bestia sin bríos, aquella cosa aterida y su dueño, hijastro de la suerte, llegan por fin, al antepatio. El jinete se "abaja".

¿De dónde vendrá? De algún pago con mucha seca.

¿Cómo se llama? Quintín. No da apelativo. A ocasiones usa el Sosa que le prestó un amo a cuya sombra el moreno creció torcido buscando sol.

¿Qué era? A la vista estaba: pobre, anciano, criollo: tres desgracias.

Empieza por pedir agua. Le traen. Luego solicita trabajo. Sonríen al responderle que no hay. Entonces, tímido, pregunta si en esa estancia tan grande no sobraba algún pedacito donde un "desdichao" pudiese pasar la noche.

Los peones se miran. Será preciso consultar al patrón del establecimiento... Por fin uno de los "muchachos" se comide.

Cae la tarde. En el antepatio queda el mancarrón

peludo de rienda y cabeza "cáidas". A su lado, Quintín, también cabizbajo, con el chambergo en la diestra y el envoltorio apretado contra el pecho. Todos callan. Sin perder sus posturas cómodas los peones observan al moreno: las alpargatas, la ausencia de calcetines, sus bombachas color miseria, la golilla sucia, vainillada por el viento.

¿Dónde habrá perdido el saco?

¿En qué espinas dejó la otra mitad del poncho?

¿Qué delito o qué ternura oculta el forastero con el resto de su abrigo?

Un cachorro se estira para olfatear aquel envoltorio. ¡Y el comedido no se da prisa! Un cuarto de hora después regresa con el patrón. El cuadro sigue igual. Unicamente el fondo está algo más gris.

También a don Dalmacio intriga el envoltorio.

—¿Es un gurí? —pregunta.

Quintín se "cuadra" y responde confuso:

—Soy soltero, niño...

—¿Y eso qué es, entonces?

—Una vigüela.

Dalmacio Zarasola hace una guiñada a sus peones:

—¡Sos payador, por lo visto!

Baja el negro los ojos. La pregunta es larga y difícil de responder. Para lograrlo sería preciso hablar de su difunta parda, describir aquellos calores de la frontera, pintar su alegría cuando se "vido" joven, con unos pesos en el tirador y una amiga caprichosa. En este momento la historia resultaría chocante. En "ancas", anunciaba frutos que no cumplió: toda su versada se redujo a una cuarteta pobre. Si hablase de ella tal vez el niño lo haría cantar, aunque más no fuera "pa réirse". Y, después de todo, le gustaría divertir un rato a los presentes...

—Sé un versito solo —responde.

—¡Cantálo!

¿Cómo desobedecer? Pone el gacho en el suelo. Desabriga la vigüela constipada. Pide disculpas. Sin perder tiempo en afinar rasguea, y en ese patio ajeno, bajo la noche destemplada, con la guitarra destemplada y la voz destemplada canta una y otra y muchas veces el mismo, el único verso:

Como güen hijo de tordo...

—¡Sujetá, si podés! —grita Dalmacio, riendo.

Obedece. Arropa la vigüela y vuelve a su silencio. El cachorro, erizado, rezonga.

—¿Cuánto años tenés?

Dice que cuarenta o sesenta... No sabe fijo.

—¿Y de ande sos criollo?

—Yo soy de unos negros 'e la Crucecita.

Agrega que su "mama" los crió para servidores. De toda la familia sólo recuerda a tres hermanos: los de mota cerrada. Otros, más chicos, salieron fulos, presumían y 'le ladearon el caballo". Apenas fallecida la morena vieja, un tal Agustín Sosa se apropió de él y, mientras pudo, "le sacó lustre". Durante largo tiempo Quintín se mantuvo atado al dueño y una noche se fué con la estaca.

—¿Pa mejorar?

—Cosas de negro, niño.

Anduvo de mal en peor, robando gallinas... Juntaba más sustos que carne...

—¿Comiste hoy?

Sí. Temprano halló una buena gente acampada en la costa del "Barrozo". A instancias, para no desairar, pegó un "tajo". Por suerte, los invitantes parecieron comprender su humildad y lo dejaron tranquilo. El se dió su lugar atrás del último, y en cuclillas, para no privar de luz a nadie, comió hasta con grosería, "si se quiere"...

—Aura, niño —concluye,— no tengo voluntá... ¡Gracias!

—Si sos de aquí cerca —dice Zarasola para dar pie a las "mentiras" del negro, —debés conocerme como hombre hospitalario.

Efectivamente. Quintín ha oído ponderar el buen corazón del "niño". Esa misma tarde, sin "dir más lejos", estuvieron haciéndole justicia como señor de muchas "priendas".

—¿Quién te engañó ansina?— interrumpe Dalmacio.

Ignora el nombre de sus informantes. En cambio les describe gráfica y detalladamente; pinta las personas, el paraje, el rancho... Esos desconocidos, al ver su desnudez, le aconsejaron que golpease en la estancia "como en un pecho", pues Zarasola "es el poncho 'e los pobres". Sin embargo, vaciló mucho antes de abrir la portera. ¿Cuáles son sus

méritos para pretender dormir al reparo? ¡Si no los tiene!

Las "malicias" del moreno divierten al auditorio. Ahora la peonada se codea y ríe sin disimulo.

A pesar de la hilaridad, Quintín, serio y triste, continúa su relato. ¿Para qué sirve? Desde el invierno apenas puede subir a caballo... Ya da trabajo en vez de ayuda. Dice haber dejado los últimos vigores en el establecimiento de doña Micaela Ortiz, viuda "del difunto coronel Salustio Pérez, sito en las puntas del "Zapallar", bien "pegao con la línea". Dicha señora le tuvo mucha "pacencia" pero finalmente se sintió delicada de "salú" y los suyos la llevaron a Uropa, a la cuenta pa que la matasen los dotores y las ausencias. El campo quedó en manos de un yerno. Doña Micaela olvidó recomendar a su "ahijao", y como para los indiferentes Quintín ya no servía, fué despedido... Bien "mirao, les hallaba razón"; porque, después de todo, él no era nada importante...

—¿Verdá?

—¡De acuerdo! —exclama Zarasola.

No hay dos opiniones. Todos ríen. Quintín mira a uno y a otros con dulzura. Espera que cese la chacota, y, establecido el silencio, prosigue:

—Entonces rejunté mis trapos...

Se despidió de sus escasas relaciones, y en el mancarrón maceta puso rumbo a "Crucecita". No dejó llantos en "Zapallar" ni esperaba ser recibido con muchas sonrisas. Está muy viejo para abrigar ilusiones. Dicen que la querencia siempre entona: pero él no tuvo esa suerte. Al ñudo campeó a sus hermanos. Temístocles, el mayor, estaba en el hospital, de donde —según pronósticos— saldría para el hoyo. Catalino andaba por "Cerros de Ojosmín" cuidando los gallos de un tal Varela, y Ciriaca había fallecido. Entonces el hijo pródigo volvió espaldas al pago. No quiso ver al resto de la familia, pardos sin memoria... Tal vez ellos lo daban por difunto, y "¡pa qué desengañarlos!' Carecía de parientes y protectores. La noche se le echaba encima. El lobuno se le echaba debajo... ¿Dentraría en la estancia de Zarasola? Recordó su desamparo. ¡Nunca tuvo nido! "Era hijo de tordo".

Temiendo que vuelva a cantar, Dalmacio lo inte-

rrumpe alegremente:

—¿Qué milagro no tenés sueldo del gobierno?

—Yo no tengo nada, niño —responde.

—Porque vos has de haber guerreao mucho..., como cuasi todos los viejos pobres.

¿Esta ironía escapa al moreno? Quizá la percibe, y como está curtido no siente el arañón. Luego, Quintín es demasiado simple para replicar con agudeza. Rodó mucho. Ya no conserva puntas. Aún cuando pudiese, tampoco caería en semejante atrevimiento. Sabe diferenciar. Don Dalmacio puede darle confianza sin temor alguno.

—Juí soldao —dice.

—¡No ve! ¿Y hace mucho de eso?

—Cuando la del "setenta y dos".

—Conservarás los papeles.

El estanciero le pide que muestre sus despachos. Si "por casualidad" ha perdido esa documentación, peligra que pongan en duda su heroísmo.

Quintín queda muy triste. Sólo guarda algunos recuerdos bastante desvaídos... Hizo la guerra en el escuadrón de lanzas que el "heroico" capitán don Lucas Zarasola, de limpia memoria, formó con sus peones y allegados.

—¿El hermano 'e tata?

—El mesmo sería, niño... Digo yo... —Agrega que el "finao" don Lucas era también de genio muy alegre. Con cualquier motivo rompía a reír. El presenció más de una 'risada' de su capitán y fué causa de muchas. Hombres de carácter más lindo que el de aquel señor no los puede haber. "Reiba" en el campamento y en el combate. Mostrando los dientes y el alma "dentraba" en pelea y así pasó a mejor vida. La mañana de "Talar", cuando buscaron su cuerpo 'pa' darle debida sepultura, vieron que estaba "degollao".

—De aquí, Dios libre y guarde— se toca una oreja, corre el dedo por la garganta y llega a la otra,— hasta aquí. ¡El desalmao que lo últimó no sabía qué güena persona mataba!

Hace pausa. Ninguno de los presentes llegó a conocer el extinto; pero todos asienten con gravedad.

—Yo —dice Quintín al rato— salí pa esa guerra, de curioso, con el contingente 'e la "Crucecita". Eran veinte hombres al mando de un alférez, Ama-

rillo "de nombre y cara"... Señor "alunao él", que se pasaba las madrugadas tosiendo. En no recuerda cuál de las muchas batallas, forman cuadro para tratar de contener una ola de caballería. El borbollón les alcanza, golpea, los pechos, apaga los trabucos, acuchilla a derecha e izquierda, y cuando esa ola se retira queda sobre el campo la resaca. Quintín, vivo de milagro, busca el amparo de la retaguardia. Vuelve solo, cubierto de tierra, brillante de sudor y con un raspón de bala en las motas". Al verle en tal figura, don Lucas Zarasola suelta la carcajada. El moreno, "cuadrao y en cabeza" como entonces, repite el diálogo:

—¿Estás asustao, negro? —me dijo aquel valiente.

—Bastante, patrón —contesté.

—¿Querés que se te pase?

—Si es de su gusto...

—¡Cargá aura con nosotros!

Refiere que así lo hizo, aunque sin ganas, "por complacer al señor". Aquella misma noche murió en "las carretas" el asistente de don Lucas, y éste se preparaba a cebar un cimarrón cuando Quintín le "arrebató" el mate de las manos. Nunca permitiría que su jefe cebase teniendo un negro cerca. Acarreó como cien amargos. Iba y venía del fogón a la carpa, siempre diciendo: "Permiso" y luego, firme: "Sírvase el señor". Así le enseñaron a comportarse cuando gurí. Durante algunos meses "asistió" al capitán. No se atreve a decir por eso que fueran amigos.

—Juimos amo y criao —dice.

Agrega que faltaría a la verdad si ocultara los retos recibidos. Bastantes veces mereció rezongos. Otra ocasión el capitán convalecía del tifus y Quintín robó un pollo en la comandancia para dar caldo al enfermo. Don Lucas tomó el caldo y puso de plantón al ratero, "porque en eso era muy delicao aquel jefe". Pero el disgusto más grave Quintín se lo dió en la pelea de "Yaguareté". El no le faltó al respeto, como el "finao" sostenía. ¡Eso nunca! Si cuando cargaron allí se apareó al capitán, culpa fué del redomón que montaba, "muy desobediente 'e la boca"... Es hombre de color... Sabe darse su sitio... ¿Acaso pudo permitirse tanto coraje como un señor

rico y "graduao"? Por cierto que en dicha pelea Quintín recibió tal balazo entre los hombros que salió "refalao por el anca del arisco".

—¡Pobre moreno! —repite Cruz. Piensa que no dió crédito a sus hazañas. Supuso con los demás que el finado Quintín mentía. Se rió del "soldao" viejo. —¡Sin maldá! —murmura, mirando los entreabiertos ojos del difunto. —¡Sin denguna maldá!— insiste. Porque festejaban risueñamente la astucia del "retinto". Era justo que el 'desdichao" buscase alivio. Para "ganarse bajo el ala" de don Dalmacio, decidió hacerse "allegao" a la familia: cuidó de don Lucas, fué su asistente, su hombre de confianza, su enfermero... A él se acercó en lo más reñido de la batalla ,dejando entrever ideas de protección, y si aquella vez en el antepatio de la estancia sus oyentes le estimulan, Quintín hubiese salvado la vida de algún Zarasola...

Hoy, dispuesto a disculpar, Jacinto se pregunta: ¿Y si el pobre decía la verdá? ¡Imposible!... ¿Quién sabe dónde nació el moreno? Dijo ser de 'Crucecita", y para evitar desmentidos dejó en esa querencia difuntos y desmemoriados. Tampoco el alférez Amarillo puede atestiguar nada. ¡Ya padecía tisis "el setenta y dos"! Es evidente que el ladino eligió a don Lucas porque lo sabía herido, degollado y enterrado en "Talar"... Todos los testigos son difuntos hace cuarenta años... Sin embargo, Cruz ha visto las cicatrices del moreno... ¿Serían costurones heroicos o abolladuras del trabajo? ¿La herida del pecho era una cornada de toro cerril? Tal vez... En tiempos del finado debió haber mucho monte y sobra de reses chúcaras.

Minutos después, Jacinto se arrepiente de estas dudas. Quintín fué veraz. Quien sostenga lo contrario lo hace para acallar sus remordimientos. Cuando "la del setenta y dos", ya el extinto era negro, criollo y pobre. Voluntario o "a maneador", por gusto o por fuerza, tuvo que servir. Siendo mozo, "silvestre", desdichado e ignorante, tenía motivos para "guapear". Sobráronle tentaciones y barullos. Habrá sido humilde, poca cosa, algo más que un perro apenas; pero guapo y fiel. Cuanto contó a su llegada era verdad; hoy que el pobre está muerto, es una herejía dudarlo.

—¡Lo cierto —dice— es que nos portamos bastante mal con el finao!

Cree oír ruido en el callejón. Sale a la puerta. El sol también sale a la suya. Ya es de día. Cruz no ve a nadie por el camino y vuelve al "velcrio".

—¡El dijusto que v'a pasar don Dalmacio! —piensa. Y "sobre el pucho" pregunta: —¿Lo sentirá realmente? —¡Difícil! Zarasola tiene buen corazón dió asilo a Quintín... En su estancia no se carnea ningún "güey jubilao"; los largan en el potrero del fondo y allí quedan los pobres engolosinando chimangos... Además, el patrón nunca creyó en las historias del moreno.

—Quintín —le dijo un día de buen humor: —has sido guapo y leal con los míos. Pedí lo que creas merecer por tus fatigas.

Titubeó el negro... Codiciaba una tapera que se defendía del cardal en la divisa del campo... Le gustó ese nido de comadrejas y "ánimas"

—Si me permite estar allí, hasta pasar el invierno... —repuso.

—De acuerdo; pero sabé que allá se oyen ruidos por la noche.

Quintín "créiba" en agüerías. Algunas veces por necesidad y otras "errao", llegó a lugares "asombrados". Durmió y también veló en casas con luces y duendes. Confesaba no haber visto nunca cosas del otro mundo. Oyó hablar de ellas y las temió, hasta que cierto hombre le enseñó "la oración contra el poder infernal".

Con algunos cachivaches amueblaron el asilo. Zarasola le dió a Cruz la orden de proveer alimento para el cuerpo, tabaco para el vicio y cordajes para el alma del "payador". Depués, como es natural, olvidó al "agregao". Quintín, en cambio, recordaba siempre al "niño". Al nombrarle se ponía de pie y llevaba la mano al chambergo. Sano o enfermo, solo o en rueda, jamás "se dejó estar sentao". Una mañana lluviosa vió pasar a Dalmacio por el camino. Salió afuera y allí estuvo, firme bajo el agua, hasta perderle de vista.

—¡Pobre negro!

Hoy Cruz no pronunciaría el nombre del patrón. ¿Teme que el finao se cuadre? Sonríe al imaginarlo. En seguida se reprocha esa falta de respeto, y

piensa que nadie..., nadie llorará al difunto... Se fué callado, a oscuras, de a pie... Mira sus motas grises y su labio caído... No parece estar muerto, sino "distráido". Con esa misma expresión solía escaparse del lugar y del tema. Debe ser feliz. Jacinto está casi seguro de ello.

¿A qué obedece entonces su melancolía?

Porque a pesar del amanecer y de la cara serena del difunto, Cruz continúa marchito. ¿De qué se acusa? No logra saberlo. Nada le remuerde... Retrocede en su memoria, para rodeo, busca algún instante de mal humor, cualquier grosería. Desde que el estanciero le confió a Quintín, ¿él descuidó al negro? Nunca. Antes dejaba a su azulejo sin "máiz" que al vecino en ayunas. ¿Y tabaco? Tuvo de sobra. Siempre andaba con un cigarro en la trompa y un pucho "reservao" en la oreja. De nada careció ¿Y entonces? La preocupación empieza a fastidiar a Jacinto... ¡Siempre se hace "puesía" con los muertos! La verdad, lo único positivo, demostrado, es que el pobre Quintín nació corto de alcances. No pudo sazonar por faltarle el calor del pago, del nombre y de la familia... ¿Quién tiene culpa? Trabajó mucho, es innegable; pero, ¡cuántos blancos más capaces sufren el aporréo y la miseria!... Su misma resignación acusa falta de baquía, "concencia" de no ser nada. Duró setenta años, no echó una sola "ráiz"... ¿Qué merecía? Caridad. La tuvo.. ¿ entonces? Cuando Jacinto lo conoció, el negro era "viejazo" ya... No sentía burlas, ni halagos, ni bichos. Estaba hecho a todo. Estas conclusiones tranquilizaron a Cruz. Cree haber ganado y su conciencia "carga" con cinco preguntas escalonadas: ¿Y la humildad? ¿Y el respeto? ¿Y la gratitud? ¿Y la inocencia del "finao"? Si era una cosa no más, ¿por qué aquella tardecita, al escuchar su propio canto, se puso a lagrimear?

—¡Pucha que lo quisimos poco! —exclama.

Necesita quedar bien con el finado y consigo mismo. Está en el deber de hacerlo. Busca la forma de mimar, de complacer en algo al paria

Ahora oye claramente el ruido de un carro en el callejón. Sale. Reconoce a Isaías Núñez, el mercachifle, criollo metido a turco y célebre por sus

"ñapas". Cuando alguna clienta se arrima a comprar cualquier chuchería, Isaías le regala. si es joven y linda, un pañuelo y un suspiro. Si es fea, suprime el suspiro; y si es vieja, el obsequio.

Al ver a Cruz detiene la marcha.

—¿Querés algo p'al pueblo? —interroga.

—Tal vez... responde Jacinto aproximándose. —¿Te acordás de aquel moreno al que le diste las alpargatas?

—Sí... ¿Por?...

—Murió.

—¡Mirá! ¿Y cuándo?

—Esta noche. ¿Qué me decís?—. Espera. y como Núñez nada dice, Jacinto agrega: —Velo al herrero ese que vive pegao al camposanto...
¿Sabés cuál te digo?

—Sí. Ferrarini.

—Eso es. Y le encargás una cruz. No importa el coste. Hasta diez pesos, que es cuanto tengo, pagaselós no más.

—Güeno... ¿Y qué nombre tenía el finao?

—Quintín.

—¿Sólo?

Sí. El difunto no gustaba del Sosa. Además, como era honrao y tenía ese apellido en préstamo, debió devolverlo...

—Mirá, Núñez —dice:— escribí en tu libreta — y dicta:— "Aquí yace Quintín". Debajo ha de ir esto:

Como güen hijo de tordo,
salió negro y vagabundo,
a esperar el perdigón
que lo libró d'este mundo.

Parte el mercachifle. Jacinto vuelve a la tapera. En este momento el sol entra por una y sale por la otra puerta. Parece que buscaba al negro, y al no encontrarle siguió su camino. Jacinto respira. Está contento ahora. Ha conseguido que una cruz, pájaro zancudo de alitas abiertas cante a toda hora sobre la tumba del "finao" aquel verso compuesto en su minuto más hermoso, cuando Quintín se "vido" con treinta años, cinco pesos y el capricho de una parda.

TAHURES

Cuando Antolín Pinilla llega a su casa ya es día para los pájaros. Aumentan los gorjeos y merman las estrellas. Andan las gallinas por el yuyal, a caza de gusanos madrugadores. Jacinta duerme aún. Pinilla abre despacio la portera. Su cachorro le siente, sin embargo, y se acerca al trote. Restrégase contra el amo. Le fastidia. Castiga sus bombachas con la cola, como reprendiéndole por haber llegado tan tarde. Luego se sienta, le mira y bosteza. Don Antolín hace poco caso del "barcino". Preocúpale tan sólo que su hija despierte y le sorprenda con cara de sueño. Avanza en puntas de pie, pasa junto al rancho y llega a la tinaja. Cuando ha refrescado su cara, vuelve, siempre de puntillas, hace entrar el "gatiao" y empieza a desensillarle silbando una "cifra". Durante toda la noche, cada vez que "véia cartas", su compadre Belarmino chifló esa tonada. Antolín aceptó el silbido como baquiano. "Reculaba al óirlo". Hizo juego cuando el contrario calló y gracias a ésto la madrugada le sorprendió con buena ganancia. Mas como la "cifra" se le fué metiendo en el óido, él, ahora, trata de sacarla por la boca. Ya no le preocupa que Jacinta despierte. Antes, lo desea. Necesita un beso, un "amargo" y un catre. Con los ojos chiquitos, el cabello en desorden y la piel reseca, podía dar que pensar a su hija. Ahora, sin las telarañas del sueño, sin olor a "carpeta", mezcla de tabaco, transpiración y caña, se considera a salvo de "maliceos".

Suelta el caballo. Y cuando deja los "cueros" bajo el ombú, oye abrir una ventana.

—¡Güen día!

Se vuelve.

—¿Te disperté, m'hija?

—No, señor —responde la moza.— Agatas usté salió ayer tarde, me encerré. ¿Y qué iba'cer?

—¡Dormir!

—Claro.

Antolín une sus manos a la espalda y vuelve a soltar el hilo de la tonadilla enfadosa. Cada mañana teme el encuentro con su hija. Para ocultar su cara marchita por el insomnio, se esconde tras alguna

noticia interesante. Cuando carece de ellas, las inventa. En sus relatos matutinos, nunca faltan sangre ni chismes. A veces sacrifica cualquier reputación. Y cuando encuentra muy trillado el terreno del escándalo, suele prender una luz mala para abrir un cuento nuevo con olor a brujería.

Jacinta descorre los pasadores y aparece con el peine prendido en la cabellera oscura. Se acerca el momento de peligro. Pinilla necesita embozarse en algún notición. Resuelve agravar a Belarmino.

—¿Sabés a quien creo que perdemos sin güelta, Jacinta?

Ella va y viene por el patio alisando su pelo. Reúne los cabellos que han quedado en la "peinilla, hace un rulo con ellos y en tanto se aleja para tirarles, pregunta:

—¿A quién, tata?

—¡A mi compadre, che!

—¿Ha recáido?

—¡Muy feo, hijita! Cuasi te diré que dentró en l'agonía...

—¿Cuándo?

—Ayer a la uración.

A Jacinta le consta que a medianoche, Belarmino gozaba de perfecta salud. A esa hora oyó su voz en la calle. El "moribundo" pasó con dos amigos haciendo comentarios sobre las últimas carreras. Por otro conducto, la moza sabe que el compadre de su tata "montea" de oración a gallos, en el almacén de Trujillo. Podría describir la trastienda, el tapete con manchas de estearina y mate Conoce el color vivo de las fichas y el color de muerto de los "aficionados". Allí, entre "apuntes" y "copos" medio pago, se juega el frío de sus gurises y el hambre de sus mujeres. De ese garito, cada mañana, su padre sale con "nuevas", Aniceto Vaeza con chismes y Belarmino con el as de bastos que suele descargar sobre las costillas de su consorte. A pesar de todo, Jacinta resuelve interesarse por el "moribundo".

—¡Cómo queda esa familia, señor! —exclama.— ¡Cuatro hijos!

—Cinco, cuasi —corrige Antolín.

La moza suspira y agrega:

—¡Partirá el alma ver a la comadre!

—¡Carculá!

Termina la muchacha su tocado y en lugar de besar al tata, como acostumbra, entra en la cocina. Antolín se acerca. Oye ligero ruido de papeles.

—¿En qué andás, Jacinta?

—Por hacerme rulos ando —responde.— Quiero ver si ansí le gusto y no me deja tan sola...

—¿Y el amargo?

—Aura llegará... ¡Anda un algo apurao, hoy!

—Y vos, un algo olvidada...

Siempre ella le pide el yesquero. Esta mañana no lo hace. Tampoco oyó que encendiera fósforos. Sin embargo, empieza a salir humo de la cocina.

—¿Hallaste rescoldo? —pregunta sorprendido.

—Eso es..., el trafoguero... —dice y en seguida pregunta: —Sí, lo que Dios no permita, Belarmino llega a morir, usté se hará cargo de su ahijao, ¿no es ansina? ¡Vamo a ser muy aparceros con el gurí!...

Sigue hablando entusiasmada. Pasa de un recuerdo a otro. Se ve tijera en ristre, achicando los trajes de tata, para vestir al hijo adoptivo. Luego, pasea con el chico de la mano. Aquí le da un beso. Más allá un pellizco. Después la medicina cuando el mocoso se da un atracón de higos verdes. Ríe. Torna a imaginar. Mas pierde su charla. Antolín no la oye, por dar vueltas a esta sola pregunta:

—Si se acostó a la uración, ¿cómo pudo hallar tizones a la mañana?

Jacinta se asoma a tirar la cebadura del amargo. Pinilla sabe que dejó limpio el mate. En su ausencia, alguien lo "ensilló". ¿Con quién ha "matiao" su niña?

—¿No vino naide a buscarme, hija?

—¡Quién pudo llegar, tata!

—Cualisquiera... —responde conteniendo su angustia.

Desde su querencia entre el humo, Jacinta se burla del "tata". Tiene miedo. Pasa las noches con la tranca y el crucifijo, aquélla para ladrones y éste contra las ánimas. No abre la puerta aunque le digan que se arde el rancho.

—Pa pior —agrega,— ese cachorro suyo es una disgracia. ¡Hasta a los turcos que cruzan les hace fiestas!

Antolín guarda silencio. Ya no desea que su hija se acerque a besarle. En este momento ella "bombearía" su inquietud. Sabe disimular. Necesitó ese retobo. Ha "criao" cáscara. En su corteza aparece grabada una sola inicial: la de Jacinta. Acaso no era áspero; lo hicieron así. Plantó los cuatro palos de la baraja y con ellos formó un palenque para domarse. No es manso: es "reservao". Las emociones resbalan en su pátina. Juega mucho. Pierde cuando le toca. Gana sin alegría. Lleva el alivio de su "carpeta". Tiene orgullo en no pedir y en no negar desquite. Es el primero en abrir juego. El peso de su fama no le permite levantarse mientras quede una libra en el tapete y una estrella en el cielo. Otros jugarán mejor; pero no con más "conduta". Es capaz de cansar los caballos del naipe en busca de "liga". Cuando la obtiene entra en el "recopo", se alza con la banca o muere en ley; todo sin un grito, sin más acción que las de sus manos cuidadas, moviendo las fichas sobre la carpeta. En la "buena", previendo cualquier sequía, siembra pesos entre los "peones". Exige luz. Cuando le salió un "pájaro", le cortó las uñas allí, en la gallera, y cayó una gota de sangre en el paño, para substituir la ficha "trampiada". En muchos juegos, puede salir a mano o a pie, según disponga la suerte. En el "truco hasta el dos", siempre ha ganado. No lo juega en tahur, sino en criollo. Donde malicia y memoria "hacen" las cartas después de servidas, Antolín estudia al contrario, luego los naipes, por último su plan; da la batalla y siempre desensilla sobre el campo de pelea. Si fué algo, lo debe a su tata y al truco. En la frontera, vivió treinta años gracias a ese don. Cuando llegó a la "Mariscala" y frecuentó la casa de Trujillo, donde nunca entró un policía ni salió un delator. Pinilla, "pierna" en todo, se convirtió en "mirón" de truco. Escondió su "cencia", como un capital que explotaría solo cuando mandinga le obligase. Todas las noches, con el gacho sobre las cejas, el puñal en el cinto y el pucho húmedo entre los labios, cumple con su obligación. Juega para vivir, no para divertirse. No tiene el vicio, sino el oficio. Como otros son sembradores o pulperos, él es tahur. Nació cerca de la "línea", en el garito de su padre, el

famoso Nicomedes Pinilla. Era la suya una casa muy seria, atendida por el propio dueño, donde no faltaban talladores para la afición, camareras que atraían a los románticos y mostrador para bolear ariscos. Al forastero que pasaba por esas tres diversiones le quedaban dos caminos: "vandiar" la línea o entrar en el camposanto. A prófugos, suicidas y profesionales el pequeño Antolín les cebó cimarrones. Ya muchachón fue encargado de una coima. Hizo carrera. Cuando Dios dispuso, don Nicomedes pudo morir tranquilo; porque ya su primogénito se había hecho cargo de un "talle" y dejaba la casa en buenas manos. Antolín heredó el establecimiento, la baquía y la impasibilidad de los Pinilla. En cuarenta años de uso, esa máscara le pone a salvo de semblanteos, excepto para una persona: Jacinta, su muchacha.

—¡Tenga un poco'e pacencia, tata! —dice ella.— Esta leña está bravísima. Hace llorar más que una ingratitú...

El sigue mudo.

—¿Entonces pasó la noche velando a su compadre?

Por vez primera le avergüenza mentir. No tiene ya otro remedio que hacerlo. Sin ganas, sin el color con que acostumbra pintar sus crónicas, responde a la "niña":

—Eso es...

—No salió, a lo que creo, con miras de dir allá...

—¡Debí haberme quedao aquí, hijita! —dice a pesar suyo.

—¿Por?

Tras buena pausa.

—Digo yo.... —responde.

Y Jacinta, tras un suspiro:

—¡Ah!...

En seguida la moza charla alegremente. Pide tema, a cuanto la rodea: pronto estará el mate... La leña hace más humo que llama... Reconoce deber a su padre el beso de cada día. Si demora en dárselo, es para que "estea" más crecido.

Antolín se recuesta a la pared del rancho y permanece con la cabeza gacha, los brazos flojos y el corazón apretado.

—¿Fué al pueblo, tata?

—Sí.

—¿Cobró el arriendo?

—¿Sabés que estás muy preguntona, hoy?

Jacinta conviene en ello. Más se defiende:

—¡Me'levantao tan alegre, señor!

Antolín Pinilla casó con Ramona Alburquerque, brasilera rumbosa en las pupilas y modesta en la boca, por culpa de un guarda aduanero que le detuvo en la "línea", dando tiempo a que el futuro suegro le alcanzase. El viejo Alburquerque tenía "mal'alma" y buenas razones. Habló de su nieta a quien Antolín debía sacar de "guacha". Luego, Ramona, "léida" y juiciosa a pesar de su falta, podía ayudar a su marido en los negocios. Pinilla comprendió que, o se casaba con la moza o se batiría con el padre. Permaneció indeciso. Matar al viejo no era difícil. Lo grave sería que le hiciesen pagar por bueno al difunto. Iba a tener que huír, abandonando su comercio. Además, aunque él fué siempre "madrugador", cabía en lo posible que Alburquerque lo matase. En ambos casos, la "gurisa" corría peligro de hambre.

—¿Cuántos meses tiene? —preguntó con la diestra cerca del revólver.

Enternecido el abuelo, repuso:

—Ocho.

—¿Es linda?

La infanta había "sacao" los ojos de la madre. Prometía ser agraciada. Esto decidió, si no la paz, el casamiento de Antolín. Un mes después, Ramona se hizo cargo de la cocina del garito. En su nueva vida, Pinilla no fué feliz ni desdichado, careció de tiempo para notarlo, por dormir de día y jugar de noche. A poco, sus negocios empezaron a torcerse. Mermó la parroquia. Durante cuatro años soportaron una revolución y dos policías muy exigentes, dados a polleras y fichas. En "ancas" cayó sobre el pago un juez demasiado gringo, sin "afición" ni condescendencias. Antolín intentó vender la "llave". No pudo. Las leyes y el orden hacían imposible la vida en la frontera. A las persecuciones y la pobreza, se unió la enfermedad de Ramona. Cuando ésta pasó a mejor vida, su viudo quedaba con fama de pillo y dinero de honrado. Jacinta tenía ya cinco años. Por cariño a su hija, Antolín quiso iniciar una

vida mejor. El ya no podía salvarse; más podía salvarla. Aún estaba en tiempo de regenerarse en el brote. Se propuso mandarla a un colegio de religiosas, lejos de la frontera, donde nadie pudiese afrentar a su niña la mala conducta del padre. No logró llevar a cabo su propósito. Una noche la autoridad asaltó el garito. En la red quedaron las dos "camareras" más feas y los cuatro clientes más fieles. El dueño de casa tuvo tiempo de abrirse calle primero hasta la hija y depués, hasta su caballo de estimación. Al cerrarle piernas, oyó detonacione en la sala de juego. Rufino, su tallador veterano, con medio siglo de tahur, inútil ya, recogido por Antolín para que el sol no lo matase en algún camino, caía sobre el tapete, en su cancha, en su ley, entre naipes, fichas y humo. Envidió aquella muerte. Sofrenó el parejero. Tentado estuvo de volver a su casa y "despintarse" allí. Jacinta, llorosa, le salvó. Por ella desaprovechó la ocasión. Por ella hizo el sacrificio de "juir". Galoparon muchas leguas tierra adentro. En la "Mariscala", pago de ariscos, sofrenó. Poco después, con un resto adquiría cuatro cuadras de campo con un ombú añoso y una tapera más vieja aún. La tierra era pobre y el rancho andaba con ganas de echarse entre el yuyal. Despejó el patio. Respetó el árbol. Plantó malvones para "su moza". Soñábala amiga de flores y pájaros. Apuntaló la vivienda y salió a ganar el pan para la yunta, en pulperías y canchas. Fué aceptado. Luego, respetado y por último, temido. "Trabajaba" con capital. Hizo más gasto de libras esterlinas que de palabras. Saldó siempre las deudas. Cuando cierta noche el alférez Albornoz se levantó a cobrarle un "ajo" le pagó con una puñalada. En seguida volvió a sentarse y pidió "carta". El incidente no llegó a oídos de la policía. Resultó simple "alegación" entre colegas. Todo se redujo a un poco de sangre. Levantaron primero la plata, después los naipes y después el herido. Han pasado tres lustros. Para evitar los curioseos de Jacinta, le hizo creer que tiene un campo arrendado en la frontera Su propiedad la ocupan y trabajan los hermanos Ochoa, vascos, con más puños que suerte. Y tanto ha hablado de ellos, sus apuros, esfuerzos y mañas que los "Ochoa" ya no existen para Jacinta y casi exis-

ten para él.

—¿Tata, cobró el arriendo, total?

Pasó la noche en "buena". Puede dejar su cinto al descuido para que la moza halle el fajo de billetes y le robe algunos, según acostumbra.

—Sí..., me pagaron —responde.

—¡Bien mañeros son esos Ochoa! Lo han tenido a las güeltas pa cumplirle.

—Tienen mucha familia...

—Y usté mucha pacencia...

En otro momento le causaría pena la actitud de su hija. Hoy, ni siquiera cree en los arrendatarios. Tampoco le importa nada que Belarmino aparezca por la calle. Ha vivido para Jacinta. Necesita creer en ella. Tiene derecho a esa fe. Para educarla ocultó sus hechos y maduró sus dichos. Simula costumbres patriarcales. Se acuesta "con las gallinas" y aguarda a que su "crédito" duerma. Cuando la oye roncar, se levanta, ensilla y sale en chancletas. Antes del amanecer, vuelve temeroso de que la hija le sorprenda. Pero esto no ha ocurrido nunca, porque Jacinta enterada de sus escapatorias, jamás se levanta hasta que le siente regresar y dormir. A mediodía se acerca con el mate. Dialogan:

—¡Arriba, paisano!

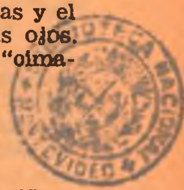
—¿Qué hora es? —suele preguntar él por bajo las sábanas.

—Las doce.

—¿De la noche?

Y pónense a reír. Ella de su "conjución" y él, de tanta ingenuidad.

Por fin, la muchacha sale de la cocina. Es morena, bonita y "apagada". Tiene las piernas finas y el busto alto. El cerquillo rizado cae sobre sus ojos. Empínase para besar al padre. Entrega el "cimarrón" y se dirige al rancho.



—¿Ande vas, hijita?

Ella, responde desde lejos:

—Via abrir su cama...

—Es que... no pienso acostarme.

—¡Sí, señor; va'dormir! —replica con cariñoso imperio.— Ya no es tan muchacho pa'andar pasando las noches en vela.

Quisiera seguir retándole, más los ojos del tata, fijos en los suyos esquivos, la obligan a callar.

—¿Querés saber lo que pienso, m'hijita?
—Digaló.
—Que me ocultás algo.
—¡Tata!
El la interrumpe:
—¡Que me juís! Eso pienso.
Jacinta consigue sonreir:
—¿Y por qué via'juirle?
—Vos lo sabrás.
Siente necesidad de correr hacia él, abrazarse a su cuello y llorar. Por lástima del tata, logra dominarse.
—No tengo nada —dice.
—¡Allegáte!
Agacha la cabeza, levanta el delantal como un escudo y obedece. A cuatro pasos de su padre, se detiene.
—¿Ya estoy cerca? —murmura.
—¡Más!
Avanza aún. Ha olvidado su pena por pensar en la de "su amigo" Antolín. Jamás tuvieron el menor disgusto. El no le dió "zamarriones", ni ella motivos. Vivieron para complacerse. Después del almuerzo, mientras Jacinta levantaba la mesa de mantel raído, el tata, sentencioso, hablaba siempre de lo mismo: el trabajo. Si a pesar de los años conservaba salud y bondad, debíalas a sus tiempos de labrador. Despertaba recuerdos juveniles. Suspiraba para limpiarles de polvo. Volvía sobre las huellas de sus cuatro mentiras favoritas. Paraba aquí un rodeo. Acostaba más allá un campo de trigo. Para ver más lejos en la "memoria", subía sobre sus parvas. Retrocediendo de agricultor a tropero llegaba a la diligencia donde "cuartió" cuando muchacho. En el comedor oíase su sotera "charquiando verijas". Y así acampaba en la vieja estancia donde su imaginación resolvió ganar el primer mate y sentir el primer rebencazo. Aun cuando Jacinta veía las manos suaves del tata, siempre le compadeció por las noches pasadas cerca de las guampas, rondando novillos cerrilles y por los días de sed sobre el surco fecundado con su esfuerzo y en peligro de aborto por las sequías. En esas horas, Pinilla condenaba la indolencia, dolíase de los grandes vicios raciales. Con cuatro adjetivos

trazaba retratos de hombres. Siempre le resultaron caricaturas. Soñaba para su hija un compañero que no fuese rico, buen mozo, ni criollo. Desconfiaba de unos por los codiciaos, de otros por lo créidos y de todos por lo haraganes. Mientras el tata le durase, ella no correría peligro de caer en las úñas de cualquier sabandija dado a trastiendas, pencas y naipes. A estos, Antolín les conocía en la "pisada". Por su gusto quedaría soltera. En su concepto los varones, sin excepción, eran como leña verde: duros "pa" dar calor y prontos "pa" hacer llorar. Mas si la moza necesitaba un varón, para que no se borrase la marca, ese sería gringo. Jacinta le escuchaba en silencio, sonreía y al caer de cada tarde, solía prender malvones como besos en las trenzas y salir al camino a suspirar. ¿Por qué? ¿Por quién? Por naide...

Hoy les amenaza la primer tormenta.

—Aquí me tiene, viejo —dice sin alzar las "vistas".

Con mano insegura, Antolín levanta la cara de su moza. Aparta la cortina de rizos. La mira en los ojos...

—¡Vos has llorao! —afirma.

—Fué el humo...

La toma por un brazo.

—¿Quién es él? —grita.

Como Jacinta, guarda silencio:

—¿Quién? ¡Rispondé! —ordena.

Ella se ahoga. No puede con su pena. Deja caer la cabeza sobre el pecho del padre y llora ruidosamente como los niños. Antolín se enternece. La besa en los cabellos. Vuelve a encontrarla pequeña, asustada, como aquella noche en que Jacinta le salvó la vida con sus lágrimas.

—¡Hable, m'hijita! —ruega.

—¡Pa qué!

—Pa bien suyo... ¿No semos tan amigos nosotros? Uno se le ganó bajo el ala... No es cierto. Si la hace llorar, tiene que ser hombre... Ya se lo advertí, doña. ¿Ricuerda?

La moza asiente.

—¿Cómo se llama él?.

—Aniceto —confiesa entre dos hipos.

En todo el pago, Pinilla no conoce otro Aniceto que el rubio Vaeza, uno de sus compañeros de "pro-

fesión". Muchas veces mirando al tahur mozo, bello y frío, creyó estar frente a un espejo turbio. Son dos sombras. Antolín llevaba a su colega una lucecita de ventaja: Jacinta. El otro lo sabía y la apagó. Es un "desalmao" ladino y pálido. Gusta a las mujeres. Falta a su palabra en las tranqueras; pero la cumple siempre en el garito. Cuando perdió sobre su honor de tahur, salió a pedir dinero para pagar la deuda y trabajó de peón, lastimando sus manos y su orgullo, hasta saldar el préstamo. Respeta su nombradía de "profesional" y nada más. No se le conoce nido, calor, ni madre.

—¿No será Vaeza, verdá mi hijita? —gime Antolín.

—El es, señor...

Quedan abrazados largo rato. Enmudecen. El cachorro pasa tirando tarascones a las moscas. El cielo sigue despejado y de un azul cada vez más intenso. Antolín aprieta a su niña contra el pecho. Acaba de perder lo único que no quiso jugar.

—Güeno, hija —dice,— no todo há'e salir bien en la vida...

—¿No está enojao conmigo?

Con él si lo está. ¿Acaso esa "alma'e Dios" puede ser culpable? Nació flor. No le puso cerco. Pasó un "desmadrao" por el camino y la manoseó.

—¿Cuándo lo conociste?

—Va pa un mes, tata.

—¿Ande?

—Aquí.

Aniceto Vaeza llegó una noche en busca de Pinilla. La moza le halló tan lindo que cuando el paisano le pidió un mate, se lo cebó amargo, y cuando le pidió una palabra, se la dió dulce.

—¡Por qué no me avisaste eso, Jacinta!

—Por cortedá, señor —responde.

—¿Sabías que faltabas?

—Sí...

Deja de acariciarla, porque se le caen los brazos.

—¿Lo querés?

Espera la confesión apasionada. La necesita para perdonar. Jacinta es tierna. El diablo puso en Aniceto todas sus artes.

—Hoy no creo quererlo, tata —contesta.

—¿Fué de yegua, entonces? —grita. Algo obscuro y brutal, donde se mezclan machismo, decepción,

asco y ternura, le obliga a levantar un puño. Golpea a su ídolo. Jacinta cae de rodillas.

—¡No, tata! —gime— ¡Lo atendí por cariño! Se me ganó en l'alma... ¡Pero anoche jué tan bruto..., tan bruto!

Levanta las mangas de su bata. Muestra las muñecas magulladas. Exhibe sus brazos débiles llenos de cardenales.

—¡Vea cómo me ha dejao!...

Cree merecer un beso sobre cada golpe. Espera que el tata llore junto a ella. Y sólo ve acercarse mucho a su cara, la cara pálida del hombre que pregunta con ansia:

—¿Nada más?

—¡Tengo todo el cuerpo ansina!

Antolín se aferra a sus hombros heridos. Clava en ellos las zarpas.

—¿Nada más? —repite.

—Me defendí lo que me dieron las juerzas... Grité lo que me dió la voz... ¡Naide vino!

—¡Cáiste!

—Naide me amparó...

Levanta a la pobre moza. Sosteniéndose uno en el otro, entran en la cocina. Antolín cae sobre un banco. Jacinta se recuesta a la pared, en el mismo sitio donde lloró por su ilusión revolcada entre la ceniza como un pedazo de carne. Pasan un cuarto de hora mudos, inmóviles. El dolor de Pinilla es el más hondo. Ella lo comprende así. Acaba por acercarse al "amigo". Se tira a sus pies.

—No se ponga ansí —dice.— Me hace daño verlo... ¿Después de todo, qué importa la decencia de una paisanita?...

Silencioso, ausente, el hombre busca en sus bolsillos los avíos de fumar. Rompe dos o tres chalas. Termina por armar un cigarro. Se olvida de prenderlo. Poco a poco recupera su calma. Cuando Jacinta acerca un tizón, le pregunta:

—¿Cuándo guelve?

—¿El?

—Sí.

—¿Golverá, tata?

—¡Cómo no!

Jacinta ya no llora. Queda un instante mirando el fuego...

—Tal vez venga esta noche —contesta.
—¡Está bien! —da un par de humadas—. ¿Solías salir a esperarlo?
La hija asiente.
—Hoy harás lo mesmo, ¿oís?
—¿Podré, tata?
—Es juerza que podás. ¡Yo via'tenerlas pa hablarle con moderación! Preciso que Aniceto y yo nos entendamos. Cuando llegue a la tranquera, le salís como si no hubiese pasao nada...
En vano la moza suplica. Teme venderse. Antolín, calmoso, continúa dando órdenes.
—Lo tráis a la cocina...
—¡No he de hacerlo, señor! —declara.
Pinilla se yergue amenazante.
—¡Cómo!
—¡Tengo miedo, tata!
—¿De ese mugriento?
—¡De usté!
Vuelve el tahur a apagarse.
—Estea tranquila, m'hija —dice.— ¡Cómo puede creer que via'peliar a ese hombre! ¿Y si lo mato? ¿No compriende que usté lo precisa, aura?
Esa noche, cuando Aniceto Vaeza entra en la cocina escasamente alumbrada por el rescoldo, Antolín le sorprende con un:
—Siéntesé, amigo.
El visitante salta hacia la puerta. Lleva la derecha al revólver. Espera la "topada". Mas Pinilla no se entera ni se mueve. Dirígese a la hija:
—Arrímale un banco a tu novio.
Arrepentido de su desplante, Aniceto avanza, se descubre y declara:
—¿Sabe que me sorprendió, Antolín?
—Es justo. Aquí, agatas nos vemos... Prendé el candil, muchacha!—Cuando Jacinta, temblorosa, hace luz, agrega: —Yo, Vaeza, como mi moza es güérfana'e madre, ocupo el lugar de la finada. ¿No por Jacinta, ni por usté, compriende. Lo hago por rispeto al rancho. Aquí, de la tranquera pa'adentro, soy un hombre muy otro del que usté conoció. No tengo más prenda que ésta —señala— y debo cuidarla.
—Es razón.

A pesar de su angustia, la paisanita afeó con polvos y rizos su cara morena. Luce el vestido de "cristianar" y soporta estoicamente sus zapatos mejores, endurecidos por la falta de uso. Suspira. Se sienta junto al novio. Espera que le pida perdón. Vaeza permanece hosco. No acierta a dar con una sola palabra tierna. Estudia a Pinilla. Le siente tormentoso. Nota el relámpago frío de sus pupilas. Conoce su voz calma. Oyéndola, se borra el escenario. Se tiende entre los dos el rescoldo como una carpeta ceniza. Frente a frente, ambos barajan intenciones y se van a jugar.

—¡Está bien! —declara Aniceto.— Perdí.

—Pa mí que ha ganao. Jacinta es una paisana inocente. No conoce mundo ni letras. Cuando no se arregla mucho, hasta linda es; porque entonces le sale a los ojos el alma'e Dios que tiene. Hoy ha llorao mucho por usté, Aniceto... Le ha dao vergüenza lo de anoche... ¡Mírela! No levanta las vistas... —dirígese a ella.— ¡Anímate! ¡Aniceto es hombre delicao! Yo estoy seguro que él va'cer por rescatar tu ilusión.

—¿Podré, Pinilla?

—¡Ya lo creo! ¡Hablá, m'hijita!

Ella guarda silencio.

—Está criada a la antigua, ¿sabe? —explica el padre.— Me tiene rispeto; porque pa su inocencia yo soy el mejor de los criollos.

—Puede...

—Yo quise un gringo pa ella. Pero es mujercita y se ha encariñao con un hijo'el páis —sacude la cabeza. Da algunas chupadas al apagado pucho y continúa.— A usté, Vaeza, ella se le rindió anoche.

—¡Pa qué negarlo!

—¿Entiendo que jué contra goluntá?

—Ansí es.

—Entonces a usté, Vaeza, le corresponde hacer la felicida'e la yunta.

—¿Cómo?

—Reparando.

—¿Y si no lo quiero hacer?

Con calma, sin dejar que asome su encono, Antolín interroga:

—¿Por qué negarse? ¿No es soltero a Dios gracias?

—Lo seré...

—¿No la quiere ya?

—Tal vez...

—¿No es güena pa ser su mujer, mi pobre moza? —dice con temblor que sube de sus manos a su garganta.

Sabe Aniceto que la muerte "acaba de pedir carta". De un monosílabo depende que relampagueen fogonazos en aquella cocina. Sólo puede salir de ella "comprometido", asesino o moribundo.

—Es asunto'e pensarlo —responde.

—Ya no, amigo. ¡Haberlo pensao ayer! —grita Antolín. Jacinta corre hacia él.— ¡Déjanos— le dice.

Cuando la moza sale, Pinilla "gana" la puerta. Esgrime el revólver. No quiere pelear, sino asesinar al colega, sin "asco", sin cuartel.

—¡Risuelva! —dice.

Aniceto ha optado por la vida. Espera a calmarse. Y cuando consigue sonreír, responde:

—Me casaré.

—¿Cuándo?

—¿Le parece bien un mes, mi suegro?

—¡Acetao! ¿Tengo su palabra?

—La tiene.

—¡Me basta! —Llama a la novia.— Resollá, Jacinta —la dice.— Vaeza se aviene a casarse contigo. Vas a tener que ser muy güena pa'hacerte perdonar la redota de anoche.

El futuro yerno continúa sonriente.

Antolín se aleja, sombrío. Ha luchado media hora con su diablo. Consiguió ocultarle tras diez palabras comedidas. Está deshecho. Se acuesta. A poco oye a Vaeza montar a caballo y marcharse. Jacinta se refugia junto al tata.

—¿Se jué?

—Sí... ¡Me disprecea! —responde llorosa.

—¡Ansí semos los machos, hija! Aguantálo callada... Lo pior ya está cuasi hecho: se va a casar...

—¡Y dispués, tata!

—Dispués Dios dirá. Me fío en vos. Vaeza cuasi no tiene alma; pero, en cambio, vos tenés de sobra..., la tuya y la mía. Tal vez consigás prestarle el calor que a él le falta pa florecer...

Esta esperanza le ayuda a pasar el primer mes. Sorprende a su hija llorando unas veces y otras, lle-

na de ánimos. Los compañeros de "trabajo" le miran con lástima. Ninguno cree en la regeneración de Aniceto. Mas tampoco ninguno conoce el poder de su Jacinta. Para sentir esa brujería, es preciso ponerse a tiro de sus ojos. En ellos confía durante el noviazgo. Con ese optimismo asiste al casamiento, sale a recibir al cura, reparte pasteles a los gurises, cimarronea mano a mano con el juez. En su entusiasmo, logra abrazar al yerno. Huye de Jacinta para no lagrimear delante de los "envitaos" y a las nueve de la noche, cuando el "casal" despide al último testigo, Antolín monta a caballo y se aleja con un cencerro en el corazón. Aniceto ha cumplido; pero el matrimonio es un drama lento que empieza en el altar y suele concluir en el purgatorio. El yerno dió su nombre y es fuerza que luego "dea" su cariño. Jacinta no ha de pagar con la vida, el "pecao" de un minuto. ¿Será feliz?

—¡Es tan linda! —murmura.

Ha decretado fiesta esta noche. Mas necesita conversar con alguien y a las diez llega al boliche de Trujillo. En la trastienda piensa "topar con alguno" de los que vieron a Jacinta con el traje blanco, la cola por las "ranillas" y el porte de reina. Entra en el "despacho". Trujillo sale a su encuentro. Antolín señala hacia la pieza vecina.

—¿Hay monte? —pregunta.

—Sí, señor.

Hacia allá se encamina, mas el pulpero le intercepta el paso.

—No dentre, don Antolín... —suplica.

—¿Por?

—¡Su yerno está jugando ái!

¿Qué espera, entonces, a su hija? La entregó a un tordo. ¿El marido la dejará a solas con su ternura, hasta que pase cualquiera y se la adueñe Queda una manera de impedirlo: entrar en el garito, pechar con Vaeza y "arriarlo" por delante hasta el rancho. Le detiene la pregunta de Jacinta: "¿Y dispués, tata?" Desiste del remiendo. Los Pinilla habían elegido el cuesta abajo, donde resbalaron y hasta cayeron. En el nombre tráian lodo viejo. El nació como todos los suyos: "manchao', pero hizo pie firme en Jacinta. Ella fue su albardón. Pensó llevar a ese pedazo lleno de sol, un gringo para que

lo sembrase. La moza tenía con el tata la deuda de varios muchachos rubios. Para estos, Antolín reservó su "resto" de ternura. Les contaría relatos de esfuerzos bien agrios, hasta cuajarlos hombres...

—¡Déame una caña, Trujillo! —dice.

—No lo via'servir esta vez y disculpe...

—¿Por qué?

—Por amistá.

—Está bien...

Se sienta en un rincón. No encuentra más portillo que matar a Vaeza. Renuncia a desafíos y pretextos. Se acercará al yerno, y por la espalda, lo cribará a balazos...

Trujillo interrumpe su meditación.

—¡Don Antolín! —dice.— Creo que este asunto'e familia va'cabar a bala.

—¿Y si ansí juese?

—Me extrañaría en usté, Pinilla —agrega el pulpero.

—No lo entiendo.

—¡Claro! Queda mal parada su moza... El difunto se entierra y el matador se encierra. ¿Qué será d' ella?

El bolichero sólo desea evitar que suegro y yerno peleen en su negocio. Conoce a Pinilla. Sabe que sólo Jacinta puede envainarle y la esgrime. Si combaten, la moza no tendrá ni "pal" luto.

Antolín desarmado, asiente:

—¡Es razón!

Mas necesita librarla de la collera. Busca el remedio en su malicia. Media hora después se levanta. Vacía el cinto sobre el mostrador. Ruedan algunas libras, muchos billetes se adhieren al cinc húmedo de caña. Cuenta su capital.

—¿Qué va'cer? —interroga el dueño de casa.

Antolín ha recordado su "don". El 'truco" será su cuchillo. Lo envainó hace años para sacarlo en una obligada. La ocasión ha llegado. Jacinta enviudará gracias a una "flor".

—Via jugar —responde.

—¿No será mejor dejarlo pa otra noche. Pinilla?

—¿Qué miedo tiene?

—Es que ancas de la sangre, cae polecía...

Antolín entrega al pulpero cuchillo y revólver.

—¿Está tranquilo, áura?

—Sí. Puede dentrar...

Su entrada en la sala de juego interrumpe la diversión. El tallador suspende su tarea. Algunos "aficionados" se levantan. Otros apréstanse a mediar. Sólo Aniceto Vaeza continúa tranquilo. Antolín se le acerca. Pone una mano en la espalda del recién casado.

—¡Damé lao, yerno! —dice.

Se sienta. Cuando el tallador prosigue el "baraje", Pinilla pregunta a Vaeza.

—¿Cómo quedó Jacinta?

—Güena.

—¿Quiere carta, Antolín? —interroga el empleado.

—Deamé.

Reiníciase el juego. Al rato, languidece. El presentimiento del drama enfría el entusiasmo de la rueda. Sienten olor a pólvora y luego olor a "milicos". Para evitar testimonios y curioseos uno tras uno los jugadores "convierten" y se marchan. A las dos de la mañana, sólo quedan allí el coimero, Antolín y Vaeza. Aquél por obligación, Pinilla por odio y Aniceto porque va en ganancia.

—Mi yerno —dice el suegro,— me ha ganao.

Vaeza acaricia el mango del revólver. Está resuelto a no volver al nido. Supone que Antolín cuenta con llevarle a la "estaca". Apenas le invite a ello, "madruga", lo quema, salta a caballo y busca el monte.

—¡Así es! —responde, sin perder de vista las manos del suegro que juega con las últimas fichas.— Creo que no debe de haber perdido mucho.

—Bastante... Y usté tiene demasiada sangre pa no darme un desquite.

Pinilla jamás lo ha pedido. Para el yerno es evidente que se trata de una revancha a bala. Le hará el gusto.

—¿Quiere peliarme? —pregunta, amartillando.

—¿Peliarlo? —Mira con asombro al enemigo y luego al coimero.— ¿No semos parientes? Usté es cuasi un hijo mío, muchacho. Busco riacerme y nada más. —Se quita el poncho para demostrar que no tiene armas.— ¿Aceta?

Ahora Vaeza, despectivo, hace un guiño al coimero.

—¡Aceto! —responde.

—¿Me deja elegir juego?

—Es justo.

—Prepongo un truco hasta el dos. ¿Se anima?

En respuesta pide Aniceto un naipe nuevo. Relancea, baraja, ofrece "corte". En la salida Antolín lleva la ventaja de la "mano". Suelta un "caballo" en descubierta. Agazapado tras sus cartas espera el envite. Vaeza cae en la emboscada de ese silencio. Ataca con un "real envido". Su suegro "echa" la falta. Si el enemigo acepta, ganará el primer "chico". Mas Aniceto juzga prudente retroceder dejando tres tantos muertos sobre el campo. Son dignos adversarios. Las cartas favorecen al joven. Gracias a la "liga" recupera el terreno perdido. El tahur apela a su malicia, "miente". Simula estirarse para ganar el "largo", hace pie en el "retruco". De tanto en tanto, frente a la "flor brava" de Vaeza, logra una "derecha", clavel del aire prendido en su corteza de veterano. Durante el segundo tiempo "cantan" hasta enronquecer. Parece que amaneciera sobre el tapete. Así llegan, con las golillas erizadas a la última "mano". Están a diez tantos contra diez. Antolín desea ganar por un solo punto y lo consigue.

A las cuatro de la mañana, Aniceto, después de perder todo su dinero, juega su caballo ensillado y queda de a pie. Deja caer las cartas sobre la mesa.

—¡Me entriego, Antolín! —declara.

—¿Ya?

—No tengo nada más pa jugar.

Se equivoca. Aun le queda la vida. Antolín quiere ganársela. Para lograrlo, hace horas que soporta "la vista" del yerno.

—Vaeza —dice,— si hay un hombre en este pago a quien puede darse desquite sobre la palabra por ser capaz de morir pa cumplirla, ese es usté.

—Gracias.

—Los dos semos, tal vez, lo único decente que va quedando en las carpetas. Pero, juera'e modestia, si entre los dos hubiese que elegir pa fiarme, lo elegía, Aniceto. Nunca va más segura la plata que jugada contra su honor... —pálido, agrega.— Le oferto un repunte. ¡Dea carta!

El mozo vacila. Anda en "mala". Jugaría sólo por

recuperar su caballo... Aunque indeciso, empieza a barajar. Sin resolverse aún, ofrece "corte". Da. Los naipes le arrastran...

—¿Por cuánto vamos, suegro?

—¿Qué puedo haberle ganao?

—¡Cómo mil pesos, Pinilla!

—Vamos por ellos.

Emocionado por la "conduta" del padre político, Vaeza reinicia el "truco". Partido a partido, Antolín acorrala a su yerno. Le empuja contra su revólver. Fía en el nombre del contrario. Entre mano y mano canta sus alabanzas. Dobla las apuestas. Y gana, gana siempre por mejor, por más hábil, por más frío. Es el suyo un acoso implacable. Aniceto sabe que está su honra sobre el paño y la defiende. Cae en las mentiras. Pisa el "talón" del viejo contrincante. Ahora florece. En seguida blasfema. Bebe. El naipe y la ginebra le embriagan. Y se hunde lentamente en aquel sumidero que ya alcanza sus manos y poco después las manea. Al par que la noche se achica, su deuda crece, sube a su cuello, amenaza ahogarle. Un "retruco" gritado por el "arriero" Antolín le despierta. Se ve perdido. La marea de oro, toca ya su punto más alto, el refugio, su unica luz: la honra. No tiene salvación. El jamás dió cuartel y hoy se niega a pedirlo.

Cuando el día los bicha por las junturas de la ventana, Vaeza, sombrío, rompe las cartas y arroja los trozos sobre el suelo sembrado de puchos.

—¡Basta! —grita.

Antolín, sorprendido por el desahogo del colega, responde con calma.

—¡Güeno!

Pónese a separar sus fichas y las apila por colores. No tiemblan sus manos. El coimero cuenta los discos. Entrega el dinero.

—¡Antolín! —pregunta Vaeza,— ¿cuánto le debo?

—Dos mil pesos, amigo.

—¿Qué plazo me da pa pagárselos?

—El legal, Vaeza —responde entre un bostezo,— veinticuatro horas.

El yerno palidece al oírle. Pinilla se levanta y sale seguido del coimero.

—¿Cómo le jué, don Antolín? —interroga Trujillo.

—Bien —responde indiferente.— ¿Tiene algún género negro pa venderme?

—Merino.

—Me conviene.

Pide tres mertos. El pulpero le entrega la compra. Antolín paga, se recuesta al mostrador y espera...

Minutos después, suena en la sala de juego una detonación. Trujillo corre hacia allá. En seguida grita:

—¡Don Antolín! ¡Venga!

Sin abandonar su postura, el tahur pregunta:

—¿Qué jué?

—¡Se ha matao su yerno!

—¡Ah!

No dice nada más. Monta a caballo. Llega a su casa con el luto. Se lo entrega en la tranquera a Jacinta y le dice:

—Ya sos viuda, m'hija. Entuavía, podemos encontrar el gringo...

INOCENCIA

Eso sí; apenas el payaso dentró en el corralito, jué pa sacudir garrote y vejiga pa todos laos, como chancleta. ¡Lo que yo anoche me he ráido en ese circo alcanza pa un mes largo! ¿Usted vido alguna vez un payaso, don Remigio?

—Denguno... Tal vez, si la risada es tan juerte, puede que una de estas noches me la anime y llegue al pueblo a conocer a ése.

—¡Este es un tipo locazo! Apareció vestido 'e color loro, con las alpargatas y el lomo cuajaos en bicho de luz. La cara bien blanca; la cabeza entre una media, una arandela 'e trapo en el cogote y la boca ribetiada 'e punzón y con forma de ocho acostao. Es el títere u prebista más festejao que se ha conocido en el pueblo.—El paisano deja el tizón con el que ha trazado en el aire la figura del clown y termina: —Güeno, don Remigio, ¿lo vido bien?

—Dejuro: ¿es un loro pampa? ¿Por qué lo preguntás?

—Porque va a ser muy difícil que lo conozca en persona. Esta noche el circo representa las últimas pruebas y alza el poncho pa no golver.

¡Qué disgracia! —La exclamación parte de entre unas bolsas de harina.

—¿Estabas ái, Cuatí? A ver si va a la pila y se trae unas rajas de leña, pues, amigo.

El niño sale, llevándose a la peona por delante. Lo rastrea un insulto. Cuatí ni se entera. Le preocupa únicamente volver y escuchar.

—Nicanor, ¿y por qué se van tan pronto esos prebistas?

—No les dentra la gente, señor. ¡Parece mentira como es de bruto el tal pueblo! Apenas llega una compañía de zonzos, disfrazaos con esos sacos de gambeta que llaman fraques, y comienzan a saludarse y decirse una prosa que ni la madre entiende, es un cáir de Cristos en majadas que dentran y se augan aprietaos hasta la maroma... Y, en cambio, a los títeres y a las prebas, a lo que te criaste, no se allega ninguno, ¡ni cinchao!

Cuatí, la hormiga de la estancia, vuelve con una carga de leña más grande que él. Se quita un som-

brero que bien puede servirle de poncho y, calladito la boca, se echa en su querencia, en lo más obscuro y ahumado, para salir desde allí, sin que lo vean, a tirarle manotones a las palabras.

Le llamaron Cuatí en memoria de un perro.

Era hijo de madre solamente. ¡Milagros de la miseria! Sus primeros años los pasó lejos de la estancia de don Remigio Achar. En el Cololó, pago de tierras ricas, tuvo su rancho: una cueva retobada por dentro de pajas bravías. Casa de "disgracia" que no aquerencia. Su madre andaba siempre con un mamón colgado de la vejiga del seno. Hacía hijos de más y panes de menos. Repartiendo el hambre entre muchos, pensaba que le tocaría poco a cada uno. Cuando sus muchachos entraban en ló nueve años, ella los iba poniendo, como huevos, en las estancias vecinas, para que se fuesen haciendo "pollos".

—Don Remigio Achar— le había dicho la tarde en que se apareció trayendo de la mano a Cuatí,— se lo vine a dejar por la comida, ¿sabe? No me lo haga tragar mucho, vea que él no está accostumbrao y peligra lo saque regalón al niño... Este no conoce nada. Cree que la o es una argolla. Convendría no enllenarlo de cencia, porque el que ve, quiere. Y él es muy pobre, ¿no? Déale trabajo a lo "patria", derecho...

Después sonó un beso de él, un suspiro de ella y un varazo a la yegua. El "gurí" tenía en su maleta de lona un pañuelo por todo ajuar. Si acaso iba a necesitar algo en el nuevo pago era eso: un pañuelo. Los primeros días fué cuzco forastero. Todos los recuerdos le "miaban" los ojos. Más tarde, las "memorias" se le nublaron con las madrugadas de agosto. A las dos y media, en la alta noche, el niño salía, sin miedo a los ladrones, sobre su pingo "bichoco" y luciendo un apero que él le "halló" entre las cruces y los cuadriles: el espinazo. Una matadura blanca fué su vellón. El estribo: una maceta. Sus piernas desnudas, la cincha y una piola, el riendaje. Era poco; pero todo "empriestao". El día que a Cuatí le dieron algo, fué un disgusto. Es el "gurí". ¡Yo lo he visto tanto en las estancias! Cuando llega a agarrar un mate, es porque otros cansaron a ese amargo. En el tambo, apenas lo ven, se

les "retira" a las "atadas". En su guampa hay más espuma que leche. Sobre el freno donde duerme, lo cobija el rocío. Pero él, a todo eso, les lleva la ventaja de ser niño mucho tiempo. Cuatí no ha amanecido aún a pesar de que se pierde en todos los amaneceres buscando la tropilla. Por eso juega con el cencerro de la yegua madrina.

—¿No sigue hablando de eso, don Nicanor?

—¿De lo qué?

—De las pruebas...

Los hombres se habían olvidado de él. Ahora, cuchillo en mano, se arriman al asador, cortan, mascan y tragan en completo silencio.

—¡Cualisquier día hablo 'e nada junto a un asao! ¿Vos no sabés que una ucasión, por hablar, cierta urraca perdió un queso? —Se atoraron al reír—. ¿Y vos no querés comer, muchacho?

—No tengo voluntá, gracias.

Cuatí entiende que se mastica todas las madrugadas y se habla de payasos una sola. El espera desayunarse por las orejas. Mientras los peones callan, el niño imagina: ¿Cómo será el circo? ¿Una manguera o un galpón? Quizá funciona a campo abierto, con guitarras huecas y pasteles rellenos. Lo prefiere bajo techado para atajar las voces ariscas. Nicanor lo sabe; pero él no se atreve a preguntarle. Siempre la malicia le mostró los dientes a sus interrogaciones. Por eso lo ignora todo. Antes de mostrarle cualquier cosa, se la deformaron, para reírse. Calla siempre y nada sabe; pero lo imagina, y desde el "bichoco" se la discute a cualquier pájaro o a cualquier árbol. Lo malo es que nunca se entienden.

—Nicanor, y las otras payasadas que viste anoche: ¿qué jueron?

—¡Cuasi nada, don Remigio! Allí conocí la cebra.

—¿Y qué cosa es esa?

—Un burro blanco curtido a lazo con un rebenque embarrao. Por más que bellaquió con un macaco prendido 'e la clina, no lo pudo basuriar. El monito anduvo entre si caigo y me quedo. El rabo diba escribiendo en el aire... ¡Chiflaba, vaya a saber qué! "Agarrenló", quizá... Dentró dispués a dar güeltas un bicho lunarejo de pescuezo largo y an-

ca 'e ñandú. Jirafa, le decían... A veces maliceo que lo habían formao con dos cristianos y una caña. Entre una rodada del tony y una güelta de valse, aparece allí una mona de chiripá y gorro 'e plumas y comienza a tranquiar por un alambre, como si juese un camino... Yo me la hubiese traído a las casas...

—¡Dejuro!—Es Cuatí que aprueba. A cada número del espectáculo ha dado un paso hacia el narrador. Su tony es un niño, usa como él camisa desflecada, cabellos cortados a tijera y por series, "tuse de clavija" y desnudo el pie, al que una espina clavada calzó caballero. Recuerda en su carne los porrazos del artista. Los dos caen siempre de cualquier modo; menos "paraos". Cuando le pisan la oreja a la suerte, es sobre un hormiguero. Oye y ama. Cuando entre los tizones, alfombra roja, pasan en el relato los monos amaestrados, Cuatí los estrecharía sobre su pecho desnudo. No le importa que tengan la camisa de seda sobre otro pelo. Son muñecos callados también y se ganan la vida. Aplaude al caballo que galopa llevando en las ancas a la moza pruebista... Dicen que lleva un plumero entre las orejas. El plumero es un tordo: Don Juan. Ahora siente frío al ver a dos muchachos que prendidos de argollas de cincha se hamacan a lo potro, cerca de las nubes. Le tiran besos y confites. No puede imaginar una sola cosa: la música. Esos instrumentos de lata no los golpean: los soplan. Clarines, trombones..., hechos un nudo, enredados a lo víbora; silbando. ¿Por qué los soplarán? Sin duda para enderezarlos. Según Nicanor, uno de los payasos tiene un gacho del tamaño de una nuez, pegado en la cabeza, como una verruga. Salta, rueda en el aire, a lo taba, se desensilla corcoveando clavao de manos, y el gorrito "orquetao". ¡Los perros, son gente! Hay allí cosas del color que se pida... Y patrón del tony, pial, zancadilla, azote sin dolor, maestro del bicherío, mosca en pastel, el payaso del "ocho" abre todos los portillos para hacer salir las carcajadas.

—Güeno, Nicanor, ya es día. Dejá las prebas y vamos a agarrar los caballos.

—Don Remigio, ¿me deja dir con Nicanor a re-

correr?

—Vos estás criando muchas alas, Cuatí. ¡Vaya a echar las lecheras!

—¡Tambo, rosilla!... ¡Tambo, mariposa!— Se agacha el niño para recoger un terrón y allí, entre sus hermanos yuyos, encuentra una taba. La "mariposa" se salva de que el terronazo se haga humo en sus cuadriles. Le dijeron que el payaso trabajaba dentro de un toldo grandote; una parva de risas. Cuatí es chingolo. Quiere ir. Lo único que necesita es el permiso del patrón. ¿Se lo darán? ¿No lo irán a sacar cortito? Aquella taba hallada lo sabe y debe decírselo en el primer tiro. De su mano tembleque se escapa, enredado, el "güeso". Corre, lo alcanza y mira.

—¡Suerte!

Don Remigio ya está "de a caballo".

—Señor, ¿me da licencia pa dir a ver el circo?

Lo miran con asombro.

—¿Y vos, Cuatí, pa qué necesitás payasadas? Sos muy gurí entuavía p'andar queriendo ráirte. Se te están criando muchas alas de un tiempo a esta parte. ¡Aprienda a ser serio primero, mocosillo! No le doy licencia. Vaya y ayude a la piona que anda ordeñando...

Las garúas, las tormentas, las neblinas lo habían secado mucho. Pero esta vez lloró. Amenazando los ojos con sus puñitos cerrados, brillante la nariz, obedeció entre resbalones.

—¡Che, Judas, hacé el favor de no lagrimear aquí junto al balde, no sea que agüés la leche!

Se aleja varios pasos. Ve que una vaquillona cocea cuando la ordeñan. Le encuentra razón y deja de llorar. Esta resuelto a romper el maneador. Esa noche pasan sus reyes magos. Puede ser que siendo él tan pequeño no tenga derecho a una fiesta. No dicutirá eso sino a la vuelta del circo.

—Piona, ¿usté conoce cuál es el rumbo que lleva p'al pueblo?

—¡Este rumbo, animal! —le señala.— Vos nunca sabés denguna cosa. No he visto gurí más inorante...

—Mesmo. Naide me apadrina. El muchacho 'e la carreta y yo siempre andamos en la culata...

A las doce del día, Cuatí, larga, sudada, a la im-

paciencia. Sobre ella acarreó un amargo, secó el pozo, picó medio tronco de sauce, y curó dos ovejas abichadas; todo eso acompañado por una polquita chacarera que se le quedó en los labios. Dicen que son cinco las leguas por andar. Menos mal que muy aparceros con el sol, él piensa invitarlo a dir. Lo llevará cargado en la espalda, pero vale la pena; su amigo calienta cualquier tema.

No almuerza. Mientras los peones mascan primero el asado y después el palillo, Cuatí, desnudo por fuerza, cose la camisa tendida en un talita para que se asoleara. Como las víboras, tiene una camisa por año. Esta hace tiempo que anda con ganas de "dírsele", por eso con un tientito robado el niño le hace en cada agujero, en cada boca, un medio bozal. Tiene, a la mano, sus alpargatas de segundo pie. Regaladas. Una es gris y amarilla la otra. Cuando camina y las mira se hace la ilusión de que vaga con otro gurí a su costado. Se ha dado un baño; ahora la "peinilla" de tres dientes lo rasquetea. En apartar, refugar y hacer a un "lao" medio rodeo de cabellos, emplea una hora. Sale después en busca del pozo, espejo haragán, siempre acostado junto al balde. Se mira, y el agua le enseña un benteveo al rocío. Nunca estuvo mejor peinado, ni siquiera en las mañanas de viento.

Ya hace rato que "sestean" sus compañeros de galpón.

Cuatí anuda su pañuelo "de tiro". Si las demás prendas le faltan, ésta le sobra. Es la compensación. Entonces, gacho en mano, cruza el galpón, lo más silenciosamente que puede. Más pisa un estribo, se cae, un paisano despierta y le ordena:

—Si ya estás levantao, mandinga, fijate la hora que es.

—La de arriar la tropilla, señor.

—Pucha que estás voluntario! Andá y la echás. Hoy es tarde de sol y te toca a vos ese trabajo.

Sale por fin. El sol empieza a retirarse ante el alero que le presenta sus espadañas de punta. En la sombra, le saluda una "culeca". Por entre las plumas, aparecen cabecitas y lo bichan. Cada mosquito es una chispa. Al abrir el portillo, de un alambre con crisálida de vellón nace un churrinche, vuela

y lastima en seguida una rama de higuera. Al pasar por allí le sonríen los higos abiertos. Toco canta para el niño.

—¿Cuánto serán cinco leguas? —pregunta al sendero.—Dejuro serán mucho. Lo mesmo que de aquí a lo 'e mama. ¡U más! Porque estas otras tienen al circo atao en la punta...

Camina. Durante unas cuadras, con la alpargata amarilla de Cuatí, tranquea el tony. Distraído con las pantomimas del "prebista" nuestro "gurí" se lleva un cardo por delante. Los punzos le despiertan. Por asociación vuelve los ojos hacia la estancia. No la encuentra. Una cortina de eucaliptos amigos se levanta entre el miedo y el muchacho. Respira. Se ensancha. El aire le infla la camisa. Mete las manos en los agujeros del pantalón, los agujeros son los bolsillos del pobre, y alarga el paso. Así llegará pronto.

—Lo que es hoy, yo no me cambeo por Nicanor. ¡El ya vido el circo, pues!

Chifla a lo tropero, arreando el bicherío sabio. Delante, va el payaso vestido de loro, la jirafa lleva seis monos "enrabaos" en el cogote, la cebra sigue pasando por detrás de una reja...

A su espalda un paisano capachudo sofrena el caballo.

—¿Qué andás haciendo de a pie, chiquilín? Capaz que te ampolle el sol...

—Voy pal circo, pues...

—¡Diablo que son desalmaos en tu casa, largarte con este calor!

Cuatí no lo oye. Tiene un solo tema y lo gasta con el extraño.

—¿Usté ya vido al payaso, señor? Dicen que hace ráir más que golpe ajeno. Lo que es yo no he de ráirme... ¡No se joroba!

—¿Y a qué vas, entonce?

—A abrir los ojos y los óidos. ¡Serio no más!

Ha pensado mucho en eso. La risa lo distraería. Tal vez le robase un poco de emoción. Cuatí quería estibar impresiones, llenar el balde, para la sed que pudiese llegar.

—Dispués me quedarán años pa ráirme—le dice al "amigo".—¿Sabe? Dende que salga de la parva

p'adelante. Yo soy muy pobre pa ver payasos dos veces en la vida. Siguro que don Remigio me despide por desobediente. ¿No ve que me han crecido mucho las alas? Yo tendré que agarrar pa casa; mientras no llegue, tranquiaré serio entuavía, ¿y a que no acierta cuándo quiero al payaso? ¿Cuándo me viá ráir de veras?

—No.

—Cuando mi mama comience a darme la primer paliza. ¡Ai ya, sí!

El sombrerudo indignado, bajó los ojos hasta el niño, alzó el rebenque y le gritó:

—¡A vos te falta el baquiano, muchacho! ¡Sos de loco que da asco!

Lo dejó con angustia.

—¡Me falta el baquiano! ¿Me quiso decir que erré el rumbo?... ¡Y me agarra la noche!

Los balidos se van haciendo estrellas. Cuati busca ese yuyal que se aparta del camino y tirado sobre él llora por segunda vez en aquel día. Ya ni siquiera corriendo podría alcanzar la parva grande. Todo ha sido inútil: el baño, la fatiga, los azotes y, sobre todo, la esperanza. Se marchita ahora que se entró el sol. La peona le engañó.

—¿Por qué?

En ese rumbo buscó el circo y encontró la noche. Ahora le duelen los pies. Unas voces y una luz de candil lo levantan. Llega rengueando a un rancho. Golpea las manos.

—Diga, señor: ¿el circo anda cerca?

—Claro, muchacho, cuando caminés media legua te lo topás. ¿Ves esas rayas de luz que suben allá?

—Veo, señor.

—Son los cuetes del circo.

Ni le da gracias. Echa a correr, loco de contento. La peona era buena y ese hombre era bueno y la vida también. Lleva la lengua afuera y sigue corriendo. Empieza a oír el estallido de las bombas. Las mira ascender y ríe. Le causa gracia la luz. Ahora recibe en su cara alegre un pedazo de aire con música.

—¡Oigalé! Es una polca...

Y se deja tironear por ella. Avanza y baila a pesar de los terrones. Ya no se le puede ir su circo. Los acollara el bailable. De pronto ve acer-

carse un guardia civil.

Cuatí se detiene. Es delincuente por alegría.

—Güena noche, señor.

—¿Vas precurando algún rimedio, niño?

—No. Pal circo voy.

—Guasquiate, entonces, si querés ver la payasada..., ya están por largar.

Siente que lo acaban de soltar, ahora, cuando casi no puede correr. Unas cuadras más y se detiene "pasmao". ¡Por fin! La parva se alza frente al chingolo rengo. Le angustia el tamaño de "su" circo. ¡Nunca podría hacer entrar todo aquello en el corazón! Al rato empieza a ver las cosas pequeñas. Ahora vaga entre niños pobres, vendedores de dulces que no prueban. Están sentados junto al gigante amigo, en cuya boca un hombre galoneado grita de tanto en tanto:

—¡Aprovechen, señores, la última función!

Y Cuatí, pálido, avanza. Mas lo detienen.

—¿Dónde está tu entrada, muchacho?

—No tengo, señor. Apúrese, ¿no oye que ya mi payaso anda en el picadero?

Hasta ellos llegan carcajadas y aplausos.

—Ve a sacar un "paraíso".

—¿Ande?

—Ai, en esa boletería.

Va hacia el sitio indicado.

—Deamé una entrada, señor...

—¿A ver la plata?

—¡Cómo!

—¡Aprovechen, señores, la última función! —seguía gritando el galoneado.

—¡No truje plata, señor! Yo soy Cuatí. Vengo de lejos.

—¡Y a mí qué me contás! Volvete.

Un hombre que llega con varios niños le da un codazo. Otro lo empuja. El no se queja, ni llora, ni se ofende. No sabe pedir. No sabe "colarse". Siente un cansancio enorme...

DOMINGO

—Isidora!

Al oír el llamado de su abuelo, la muchacha se aleja del lavatorio, busca a tientas la ventana, asoma la cabeza y con los párpados apretados, para que el jabón no entre en sus ojos, responde:

—¡Ya va!

Luego, sin prisa, reanuda su tarea. Cada Domingo, apenas termina el lavado de los platos, mientras don Luciano sestea, la nieta inicia su tocado. Los días de fiesta no consigue dormir. Hoy hace verdadero calor. Cada puerta parece la boca de un horno. Por momentos las nubes ocultan el sol. Las gallinas aprovechan ese toldo para dejar la sombra de los aleros y revolcarse en el polvo del patio. Pero de pronto el astro las acuchilla y todas con los picos abiertos, vuelven a ponerse en línea al costado del rancho.

Durante los días hábiles Isidora toma desquite. Apenas almuerza, no puede con sus párpados y se echa vestida sobre el catre. A las dos de la tarde el abuelo arroja contra la puerta el primer terronazo.

—¡Che, haragana! —grita desde su alcoba.

—¿Qué?...

—¡Levantáte, pues!

—¡En seguida! —responde. Y quisiera obedecer. Se sienta en el lecho. Busca "al rumbo" las alpargatas, para calzarlas, se tira de través y allí el sueño vuelve a rendirla. Cuando supone haber dormido un minuto, siente golpear las manos. —¿Quién será? —se pregunta sobresaltada; porque la promesa de una visita en su rancho aislado siempre la impresiona. Corre a la puerta. Lucha con la resolana. Pónese sobre la cabeza el delantal de arpillera. Mira hacia el camino. No ve a nadie...

—¿Jué usté, agüelo? —pregunta, sin abandonar toda esperanza, pues el visitante pudo llegar de a pie. En el pago abundan gringos caminadores...

Entonces el viejo se asoma:

—¿A que no sabés quién acaba'e llegar? —grita.

—¿Quién? —pregunta, ya despejada, mientras alisa su cabello renegrido.

—Un conocido tuyo, Isidora... ¡Endiviná!

—¡Nuémbrelo, pues!

—Don "Mateo" —aclara riendo el anciano.

Muchas veces cae en la celada que le tiende el viejo mateador. Al enterarse de la broma, alborota de nuevo su cabellera, renuncia furiosa al improvisado quitasol, cruza el patio lentamente, llega a la cocina y, de rodillas, empieza a soplar el rescoldo. Llora a causa del desencanto y del humo, siembra por el piso la cebadura usada y "ensilla" el amargo de cada tarde.

Podrá los lunes andar como borracha, bostezando en los rincones; pero el feriado despierta antes del día. Un resplandor vago la obliga a abrir los ojos. Es algo impreciso y promisorio que amanece dentro de ella. No sabe en qué consiste ese anuncio. Salta del catre. Se viste de prisa. Equivoca los ojales. Ríe de su torpeza. Va y viene sin motivo, porque tiene fuerzas de sobra y necesita gastarlas De pronto se inquieta. Abre la ventana, mira el cielo nublado. ¿Lloverá? Asoma la cara... Garúa, en efecto. No importa. Tiene algunas horas por delante. Para ella el domingo empieza después del almuerzo y se apaga a la oración. Espera que a mediodía escampe. Otras veces, cuando abre los postigos y ve las últimas estrellas, respira. Sale al patio. Llama a su perro, un cachorro bayo, haragán y aburrido. Juntos salen a caza de lombrices, para el almuerzo de las calandrias. Los gusanos fríos y húmedos se enroscan en sus dedos. Abren los pichones sus bocas, reciben la comida; a veces, por error, aprisionan con los picos blancos el meñique de la mozuela. En seguida se dirige al tambo. Por mucho que madruge, siempre la "hosca" se le adelanta. Ordeña en cuclillas, con la cabeza apoyada en el vientre tibio de la vaca. El domingo Isidora quiere que todos sean felices como ella; por eso, antes que la ubre quede exhausta, suelta al ternero. Después, lleva a don Luciano su vaso de apoyo:

—¡Capitán Baeza! —dice desde el umbral.

—Teniente agatas, niña —responde el viejo.

Ella no lo ignora; pero el domingo la mueve a conceder ascensos.

—Si tuviese un grado por cada herida, ¿qué sería aura?

—Pa mí que coronel —contesta el veterano.

Entonces Baeza se incorpora, acaricia sus barbas amarillentas y dice:

—Yo era bien mozo cuando el finao Bastarrica me envitó pa guerriar con él...

La chica sabe de memoria el episodio. Mas le interesa ignorarlo. Desea entusiasmarse, distraer su impaciencia, acortar con algo las horas lerdas de la mañana. Por eso, haciéndose de nuevas, pregunta:

—¿Cómo soldao?

—¡Dejuro! —limpia de espuma sus bigotes y agrega: —Aceté la convidada; más que de partidario, de aburrido, pa decir la verdá. Agarré un caballo muy güeno que tenía...

—¿El gatiao? —interrumpe la interlocutora.

—Justo. A ese pingo le debo el primer balazo que me acertaron... Jué en la "Horqueta"... El escuadrón cargó a lanza contra una juerza de infantes... Yo, no creas que de guapo, ¡qué esperanza!, quise dir en el borbollón, pero a mi gatiao aquello se le hizo penca. Se cortó adelante, pasó al mesmo capitán: "¡Apartáte, animal!", me gritó Bastarrica endinao.

—¿Y de qué, agüelo?

—De mi atrevimiento, niña —explica el teniente. —Traté de obedecer, pero no pude. El enemigo nos hizo fuego y recebí una mora que me sacó por el anca del gatiao...

A esta altura del palique, Isidora deja de oír al veterano para elegir "in mente" la cinta que lucirá por la tarde. Pensando en ello, como el tema amenaza apagarse, arrima otra pregunta:

—¿Y nunca más se encontró con Bastarrica?

—Unos diez años después volvimos a vernos en otra patriada. El ya era comendante...

—¿Se acordó de aquello?

—Y, me lo afeó, nena; pero sonriyendosé...

Entonces la nieta, maliciosa, se le adelanta:

—"¿Te han güelto a lastimar, Baeza?", preguntó Bastarrica, ¿no es esto?

—Ansí jué.

—Y usté le rispondió: "Tres u cuatro ucasiones, comendante..." Entonces él quiso saber cómo usté seguía de soldao raso... "Sabe Dios", rispondió mi agüelito, "yo no guerreo por eso..." —ríe, mostrando sus dientes sarrosos. Abre la puerta al sol y al

perro. Toma el vaso, sale y desde el patio y a salvo de cualquier proyectil, pregunta al anciano:

—¿Usté me querrá lo mesmo cuando sepa que no soy de su partido?

Anda con el diablo en el cuerpo. Cantando una vidalita arregla su alcoba. El cachorro sigue todos sus movimientos. Está tan alegre como la dueña. A cada instante Isidora se asoma al camino. ¿A quién espera? A nadie. Pero la vista del callejón polvoriento acelera su pulso.

—Muchacha —grita el anciano, —¿no podés callarte un rato?

No puede, realmente. Durante toda la mañana anda con la vidalita y el perro. Luego, de tarde, a medida que avanzan las horas, se va poniendo grave como el día. Almuerza sin apetito. El abuelo la reprende:

—¡Comé, no seas tan novelera!

Obedece. Desea terminar de una vez para encerrarse con el espejo. En el correr de la semana emplea un par de minutos en su arreglo. Hoy tarda dos horas. Por lo pronto usa el jabón, y además de la cara llega a lavar sus orejas y hasta la parte de cuello que no cubre el vestido. Luego humedece la cabellera, y hasta la escarda con su desdentada peinilla.

—Son las tres, Isidora —avisa Baeza.

—¡Ya va!

Sin prisa, se da dos manos de polvos. Parece una visión. Se pone el traje nuevo, de tela blanca a lunares verdes, con volados y puntillas. Hace dos años el abuelo se lo regaló para Reyes. Desde entonces la moza ha engordado y el vestido le queda estrecho en las sisas. Este detalle motiva en gran parte el ayuno de Isidora. Tiene que sacrificar la gula o el lujo. Si carece de otro traje, en cambio posee varios lazos de cinta para engalanar su trenza. Los usa según el estado del tiempo. Hoy, como el día continúa indeciso y hay nubarrones en el poniente, opta por el lazo gris. Media hora después aún pasea en zapatillas por el cuarto, consulta el trozo de espejo, retoca su máscara de polvos, pasa por las cejas sus dedos húmedos... Y por último se resuelve a soportar los zapatos. Empieza su mar-

tirio. Vuelve a preguntarse por qué los compraría.

—Te quedan chicos —afirmó el abuelo

—¡Qué esperanza! —repuso.— ¡Si se me salen de los pieces!— Después de pagos, confesó que la torturaban; pero el mercachifle ya se había marchado. Esperó domarlos con el tiempo. No lo ha conseguido. Los contrafuertes continúan sacándole ampollas y por culpa de las puntas estrechas siempre anda con los dedos en estiba. Durante los días hábiles ni siquiera intenta calzarlos. El domingo los sobrelleva durante varias horas y no los siente mientras queda un rayo de sol.

En atención a la tardanza de su nieta, el anciano acaba por preparar el mate.

—¡Isidora! —grita.

—¿Agüelo?

—No vengás. Ya no te preciso...

Entonces, haciendo repicar los tacos "piné", Isidora entra en la cocina. Antes que nada consulta su "barómetro":

—¿Cómo va de sus heridas, agüelito?

—Rigular, no más...

—¿Le duelen, entonces?

—Bastante...

—¡Será posible que llueva hoy, señor! —exclama con angustia.

Para don Luciano todos los días son iguales. Desea el agua porque la necesitan los sembrados...

—Pero hasta la madrugada —agrega— no va'descargar el tiempo.

La mozuela respira hondamente.

—¿Me halla bien, capitán? —dice girando en redondo.

—Cuasi no alcanzo a verte, muchacha, por motivo'e tantos polvos...

Ríen. A pesar de sus ojos grandes y luminosos, Isidora no es bonita. El aliño le resta gracia. Cuando, por muerte de su asistente Gadea, don Luciano quedó solo, escribió a su hija Paula pidiéndole prestado uno de los gurises. Paula, que con su trabajo de lavandera alimentaba al marido y seis vástagos, consultó el punto con su primogénita, que acababa de cumplir doce años:

—Tata —le dijo— quiere que vayás con él. Se oferta a darte colegio y vestidos. ¿Sos gustosa?

—Sí, señora —repuso.

—Güeno, entonces hacé tu atadito.

Con su pobre ajuar dentro de un pañuelo y los párpados hinchados de llorar, Isidora llegó a casa del teniente. Hace tres años que le acompaña. Son amigos. La nieta es alunada y el abuelo también. Los dos se tienen "pacencia". El la perdona sus "judiadas" y ella soporta sus relatos. Por lo común pasan el día como matrimonio: él descansando, Isidora en la tarea, cada uno por su lado y sin cambiar palabra.

—¿Qué te sucede hoy? —pregunta don Luciano.

—¿Por?

—Estás muy alborotada...

La mozuela sacude los hombros. Mira hacia lo lejos. Se emociona, sin saber por qué. Es feliz. De pronto salta hacia el anciano, lo besa .Siente deseos de hacer lo mismo con el cachorro. Se contiene a tiempo...

—¿Querés un amargo, Isidora?

—No, gracias —responde, alisando por sobre el hombro la cinta de su trenza.

—¿Preferís un mate'e café?

Renuncia a esa golosina. No quiere perder tiempo. Toma un pedazo de pan, carga con la silla de su "andar" y se dirige al antepatio. Allí se sienta a la sombra, lo más cerca posible del camino. Tiende sobre sus faldas el pañuelo para que las migajas no caigan al suelo. Pasa revista a las uñas limpias. Sonríe. Uno de los malvones que adornan la ventana de la "sala" le ofrece su flor. No se decide a cortarla. Teme que el viejo se burle. Siempre don Luciano anda con "indiretas" y alusiones .. Renuncia al malvón y continúa comiendo su merienda, muy despacio, sin ganas, por hacer algo para distraer su impacienca. Paso a paso la bataraza se acerca con los cinco pollos que le quedan. Isidora no tiene simpatía a esa clueca. Es una madre muy torpe: ha dejado perder casi toda la "echadura", y de los seis pollitos que sacó mató a uno de un pisotón.

—¡Juera, bruta! —la espanta.

Pero la gallina, encrespada y terca, llama a sus hijos, avanza, salta sobre las faldas de Isidora, de ahí al suelo, se mete entre sus pies, pesca miguitas,

las reparte... aturde... Isidora concluye por arrojar lejos el pan, luego sacude su pollera y por último el pañuelo.

El teniente aparece con un banco y se sienta junto a la nieta.

Pasan un cuarto de hora en silencio.

—Che —dice él,— ¿cuándo es que saca la catalana?

Al rato, Isidora se decide a preguntar:

—¿Cuála?

—La que no acetó anidar en la cocina.

—Ha'e ser esta noche..., digo yo...

El anciano mira hacia poniente.

—Los truenos —dice— van a matar esos pollos.

Isidora permanece impasible. Ya hablarán de eso el lunes. Por el momento el tema carece de interés. Ella vive para el camino brujo, para el horizonte despejado en un rumbo y amenazante en otro, para la promesa que sube de todo el paisaje. ¿Qué será lo que espera? ¿Una visita, un regalo, un acontecimiento desusado? Aún lo ignora Siente que está en marcha y lo busca por el callejón, más desierto que nunca.

Entretanto, el abuelo saca el cuchillo, pica naco, escoge una chala, arma el cigarro, lo quema con pausa. Media hora después repite la operación, vuelve a llenar de ceniza las bombachas de merino, se cansa de mirar y entorna los ojos.

—¿Cuánto hace, che, que no viene el cartero?

La interrogada hace que medita la respuesta; mas en realidad sigue con los ojos a una mujer que cruza a gran distancia. Es imposible reconocerla. Se ve apenas una manchita obscura. Eso no obstante:

—Doña Camila —dice— ha hecho las paces con las Trujillo.

—¿Cómo sabés?

—Va p'allá con un ramo'e flores... ¿Hará dos años que murió el hermano?

—Cerca...

—Pues ya se alivió el luto Camila —continúa observando a la vecina, que recorre varias cuadras, llega a un rancho, salen a recibirla dos mujeres y cuatro perros. Y cuando todos entran, dice al viejo:
—Hace meses que el cartero no llega.

¿Será una carta lo que Isidora se prometió recibir este domingo? Fuera de su mamá, ¿quién puede escribirle? Piensa en los suyos. ¡Hace tanto tiempo que abandonó el nido! Recuerda las miserias pasadas junto a su familia... ¿Qué alegría pueden mandarle de allá? Ninguna. No es el cartero lo que aguarda. ¿Acaso se encierra una luz en un sobre?

Vuelve a su centinela. Ahora un jinete de poncho claro desemboca en el callejón. Avanza al galope de un caballo "pampa", ¿Será ese el "propio" que le trae su estrella y corre para que no se apague? Se yergue, seca con el pañuelo sus manos sudorosas. Espera. A poco, se deja caer sobre la silla; porque el príncipe resulta ser un peón de Mirabal...

Mira al viejo de soslayo. El teniente aplasta en la uña del pulgar la ceniza del pucho y golpea el yesquero. Compadece al anciano. Se pregunta cómo podrá vivir ese hombre sin ambición, ni curiosidad, sin más rescoldo que el de cuatro recuerdos cada vez más apagados... Para él es igual un martes que un sábado. Se levanta a la misma hora, come siempre con ganas, pita, sestea... arrastra desde la mañana hasta la noche sus chancletas y su aburrimiento... ¿Habrá tenido domingos?

—¿En qué pensás, Isidora? —pregunta.

—¿En nada, señor... ¿Y usté?

Antes de responder, don Luciano bosteza, se santigua en la boca y dice:

—¿A que no acertás?

Para ella es casi seguro que su abuelo pensaba en cosas viejas, en algún oficial mal hablado que conoció en el ejército o en el difunto tal, de quien ya no se acuerda ni su familia. Le gustaría mucho conversar sobre yerras y bailes. Sabe, por su mamá, que antiguamente la mozada era muy animosa. Nunca faltaba pretexto para una reunión con vigüelas, "güeso" y pasteles. La llegada de algún cura, el velorio de cualquier angelito, un enlace quebraban el hastío del pago. Hoy el vecindario vive pendiente del tiempo. El día no le alcanza para empujar el arado y la noche para descansar. Hasta la costumbre de hacer visitas se ha perdido. Hace medio año que a lo de Baeza no llega un alma. Apenas diez cuadras los separan del rancho más próximo, habitado por un casal de italianos labra-

dores. Son viejos. Se aburren. El gringo pasa el día con la boca cerrada por la pipa. Su consorte lo emplea en tejer, siempre llorosa, siempre triste, quejándose de las lluvias o las secas. Más allá, al abrigo de varios ombúes, asoma la azotea de los Mirabal. Son buena gente. Una de las mozas, fea y enamorada, suele cantar con guitarra al caer de las tardes. No tiene voz ni compromiso. Se lo cuenta en secreto al crepúsculo y el viento lo desparrama por el pago. Isidora desearía trabar relación con esos vecinos; pero el abuelo se opone, porque él y Mirabal se tirotearon una vez, hace de esto cincuenta años. Un cuarto de legua más allá aparece la pulpería de Corrales, lugar vedado a las mozas decentes de la comarca. Allí, el domingo, se reúnen los varones, corre la ginebra, ruedan la taba y los chismes. Con la noche, mientras los viudos continúan junto al mostrador, los casados, comunicativos y cargosos, regresan a sus hogares.

—¡Güenas noches, don Luciano! —gritan al pasar.

—Adiosito...

—¿Quienes son, agüelo? —interroga la gurisa.

—¡Vay'a saber!

Durante buen rato los perros flanquean al grupo de casa en casa.

—¿Te das por vencida? —dice el teniente, cansado de esperar.

Isidora había olvidado la pregunta

—Sí —responde.

—Pues yo pensaba en que tu agüela tenía tu mesma edá cuando nos casamos.

—¿Y de'ai?

Vuelven a quedar en silencio. Don Luciano sólo conserva tres recuerdos de su finada consorte. Primero, cuando la conoció: ella andaba en el chiquero y, al verle, barbudo y de lanza, salió disparando. Parlamentaron desde lejos y lograron entenderse. Tampoco ha olvidado el disgusto que tuvo la difunta cuando sorprendió su enredo con una comadre. Acabó por enojarse con aquélla, y un año después con la otra. Y por último, recuerda que galopó toda una noche para encontrar con vida a su esposa, y al apearse la halló de cuerpo presente. Hasta ahora conserva su retrato de recién casada y un luto de recién muerta. Entretanto, Isidora evo-

ca a los suyos: ve a su madre doblada de tanto lavar; al viejo, amarillo, sudoroso, tosiendo siempre y terminando cada acceso con un tacuo redondo; a los gurises aquerenciados en el arroyo, con las cabecitas mojadas y oliendo a bagre. Todos los días a esta hora la asaltan los mismos pensamientos. Hoy se apresura a espantarlos.

—¿Sabés lo que va suceder cualisquier día, che?

—¿Lo qué, agüelito?

—Te vas a salir casando —aclara el viejo.

—¿Y con quién? —pregunta alarmada.

—Con un varón, será...

Distraídos con el palique, no han notado la cercanía de un jinete. A la moza se le ocurre que ese caballero avanza en su busca. Siente deseos de huir. La curiosidad le contiene. Trata de reconocer al viajero:

—Del pago no es —dice.

—Y el caballo tampoco...

Ahora distinguen los rasgos del desconocido, paisano joven, arrogante, de faz tostada por el sol. Relampaguean el apero "chapiao" y los estribos de copa. Advierten que el forastero lleva una flor "punzón" en la solapa del saco. Avanza al trote del caballo zaino, coludo y baboso.

—¿Llegará? —se pregunta Isidora.

El hombre sigue de largo.

—¡Adiós! —saluda al pasar.

Baeza sonríe y observa:

—Güenas tardes...

—Es un novio.

Isidora asiente... ¿Dios se habrá apiadado de la cantora? Parece que no, porque el mozo no se detiene en lo de Mirabal. Tampoco toma el camino que conduce a la azotea de Trujillo... Minutos después el galán se borra calle abajo. Entonces Isidora suspira y el veterano vuelve a bostezar:

—El domingo menos pensao —dice cortando las sílabas— viene un pájaro de esos y se posa aquí.

La mozuela baja los ojos. Pasa revista a los pocos solteros que frecuentan su rancho. "Refuga" al cartero, "zafao" y bastante mano larga. Cuando sale a recibirle, por no quedarle otro remedio, él gasta todas sus flores y ella sus espinas. Prefiere quedar soltera a casarse con ese tordo. ¿Quién

llegará a sacarla de penitencia? ¿Tal vez sea Aniceto Almirón, el medianero de la huerta limítrofe? Siempre que se acerca a los alambres dice a sus bueyes cosas dulces, indirectas que Isidora simula no entender. Es feo, pestañudo y tímido. La idea de pasar una hora de mano dada con Aniceto le causa gracia. Jamás podrá emocionarla. Por diversas razones la moza hace a un lado a todos sus pretendientes. No tiene ningún amador en vista. Ha oído hablar mucho del novio con que a su edad sueñan todas las mujeres. Saben que unas lo esperan rubio y otras trigueño, que ésta sólo se conforma con un payador y aquélla ha encargado un galón con alitas y lunar de pelo. Ella carece de preferencias. Es más: aún no la desvelan amores. Si cualquier mozo hiciese rayar al pingo en su tranquera, saldría huyendo con la "agüelita". El domingo le ha prometido algo más dulce que una declaración. Con el alma limpia de preocupaciones espera esa maravilla. ¿A qué hora llegara? ¿Por cuál de los caminos? ¿Qué calor la incuba?

Abuelo y nieta pasan otro largo rato en silencio. Luego, el anciano se levanta trabajosamente.

—Dentra'flojar la calor —dice.

—Parece...

—¿Querés jugar a la escoba?

—Mañana sí, agüelo —contesta.

Avanza la tarde. Baeza entra en la sala. Isidora permanece en el antepatio. Durante una hora el viejo golpea varias veces su yesquero. Cada tanto cae afuera algún pucho. Un pollo voraz se quema el pico, lo restrega en los yuyos y se aleja Ahora la barrera de nubes mella el sol. Isidora suspira porque la tormenta le acorta el domingo. El día cae y no ha pasado nada aún. Todo está igual...

El zaino viejo se acerca a la portera. Trisca. En el silencio se oye su masticación. Paso a paso adelanta, arrancando gramillas. Allá adentro Baeza acaba de sacar un "solitario". Suelta un suspiro de alivio. Una tras otra las gallinas trepan al árbol donde duermen. Isidora continúa mirando a lo lejos. Todo calla. El zaino, mimoso, abandona el yuyal, se acerca a la ventana y arranca la flor del malvón.

Isidora despierta. Levántase y espanta al matun-

go:

—¡Zaino!

El animal, sorprendido en falta, gira sobre las patas y queda inmóvil, dando frente al camino con el pescuezo estirado, la cabeza gacha y la flor entre los belfos.

—¿Qué diablura te hizo mi caballo? —pregunta Baeza desde la sala.

—¡Cuasi nada; arrancó el malvón!

Ríe don Luciano y observa:

—Disculpálo. Tal vez ande de novio él tamién...

La moza ni siquiera sonríe. Calla. Así transcurre otra media hora. Las nubes ocultan el sol. A medida que se apaga la tarde destácase sobre el gris del horizonte la ramazón de los relámpagos Obscurece, y no ha ocurrido nada... A Isidora ya no le importa que llueva. Desdobla el pañuelo. Desearía agitarlo en el aire para despedir al domingo, un feriado más que, faltando a su palabra, pasó sin detenerse en el ranchito.

El cachorro bayo avanza al trote por el callejón. Regresa triste, de rabo lacio. "Jiede" a zorrillo

—¡Juera! —le grita Isidora.

Se refugia en la sala y de allí sale entreverado con una chancleta. Acaba por echarse en medio del patio.

A lo lejos oyen el chiflido y los gritos de un gurí que arrea la tropilla. Todas las tardes, a la misma hora, con la misma impaciencia, ese muchacho suelta las mismas palabrotas.

Al rato, los gringos encienden luz en la cocina. Isidora continúa en su silla y, a boca de noche, espera aún...

—¡Muchacha! —dice el viejo.

—Voy, agüelo.

No se mueve, sin embargo. Gracias a la virazón oye gemir la vigüela de las Mirabal...

—¿Qué hacés en l'obscuro?

—Nada —responde mirando con pupilas brillantes el paisaje opaco.

—¿No pensás en la hora qu'es?

—Es temprano, teniente...

El viejo se decide a encender luz. Se acoda en la mesa y permanece inmóvil, mientras la sala se llena de "cascarudos" y mosquitos.

—Entonces, Isidora, ¿no cenaremos hoy?

La nieta se rinde. Ya no ve nada.

—¡Levantáte, pues! —grita don Luciano.

Obedece. Arrastra la silla. Intenta desperezarse, pero se acuerda que los domingos no puede hacerlo porque saltarían las costuras de su vestido nuevo. Ahora que terminó su diversión empieza a sentir el dolor de sus pies. ¿Cómo ha podido soportar los zapatos? Deja al zaino solo de cara al camino y entra en su alcoba. Enciende el candil. Se mira en el espejo. Siente lástima del tocado, que nadie admiró. Primero se descalza. Luego muda sus galas por los trapitos de trabajo. Está desencantada, rendida, triste... Desea hacer la comida, mascar, acostarse, llegar pronto al lunes lerdo y recorrer toda la semana contando las horas que faltan para llegar al otro domingo.

LOS SANDOVALES

Gumersindo Sandoval se acerca a la cama del herido.

En respuesta, Timoteo abre lo ojos y en seguida vuelve a cerrarlos. Tiene mucha fatiga. Respira a compás con el tic tac del reloj vecino. El padre torna a sus paseos. Hace horas que va y viene sin ruido por la habitación en penumbra. De tanto en tanto se acerca a la rendija de la puerta y de espaldas a la mujer y al moribundo suspira. Luego, torna al ahogo. Desearía dar aire al hijo que se apaga. Es el único de los tres que sabe la verdad. La exigió al médico.

—¿Dotor —le dijo junto a la tranquera,— me da esperanzas?

Al ver su angustia el facultativo tuvo lástima:

—Pocas —repuso; —pero el paciente es joven...

Sandoval se irguió altanero. Era varón capaz de sobreponerse a cualquier desventura.

—¡Hable! —ordenó.

—El pobrecillo se muere.

—¿Cuándo?

—No pasa de esta noche.

Gumersindo empleó apenas minutos en preparar su semblante. Volvió al rancho. Sintió que los ojos inquisidores de Catalina empezaron a seguirle. No le daban cuartel. Sandoval quiso guardar silencio. Encendió un cigarro. Lo dejó apagar. Durante buen rato sorbió con rabia el pucho frío. Por fin, acorralado, dijo al oído de su mujer:

—Hay esperanzas.

Ella entonces cesó de acosarle. Volvió a dejar caer su cabeza sobre el pecho y así continúa. Desde que dos vecinos llegaron con Timoteo en brazos y lo dejaron sobre la cama para que volviese del largo, angustioso desmayo, la madre cayó sobre una silla, a los pies del lecho y permaneció allí, silenciosa, encogida, inútil. Es un bulto, un borrón, una sombra. No reza, no llora, no habla. No sirve para nada. No existe.

—And'a comer algo —le dijo el marido.

No obtuvo respuesta. Horas después Gumersindo la reprendió:

—¿Querés enfermarte, aura? And'a dormir.

Catalina levantó con esfuerzo sus ojos azules, desteñidos de llorar durante tantos años y suplicó:

—¡Dejáme!

Tiene en la falda su rosario. No lo usa. Le falta tiempo para pensar en el hijo. Se cae de fatiga. Poco a poco se ha ido encorvando. Su frente toca en las rodillas. Timoteo, cada tanto, la levanta con algún:

—Coraje, mama...

Gumersindo ve brillar en el regazo de su compañera la cruz del rosario. Catalina lo conserva desde la infancia. Con él hizo la primera comunión. Despues, por su intermedio, pidió novio Desde lejos, Sandoval recibió la orden. Y se puso en camino. Creyó que su primer encuentro con la moza era fruto de la casualidad. Pasaba por el rancho de Catalina. Vió a ésta en la ventana orlada de madreselvas y se "entreparó" a pedirle una flor. Gumersindo no tenía miedo de ningún varón y le "arisquiaba" a las mujeres. Nació para soltero. Eran de célibe su oficio, su inconstancia y su mal humor. Pero "toreó" sin temores a Catalina. La paisanita no era su enemiga. Carecía de armas. Faltábanle picardía, "trastienda", "segunda". Sus veinte abriles no habían provocado un solo requiebro. Era rubia, delgada, insípida, triste. Tenía ojos claros poco ladinos, dientes feos que la obligaban a permanecer siempre seria, manos lacias como su cabello, como su figura y en "ancas" padecía de timidez y de buena fe. La cortejó por broma Deseaba despabilar aquella vela mortecina. La moza le aceptó. Gumersindo no sería mucho, pero ella estaba convencida de no merecer nada. Carecía de espejo, madre y fortuna. Cuando le previnieron que Sandoval se burlaba de ella, no lo creyó. El galán por criollo por lindo, por fuerte, debía ser tres veces noble. Mal podía, entonces, escarnecer a una desdichada. Al tiempo lo temió. Gumersindo no levantaba ninguno de sus cargos. Luego, confirmó audazmente las "calumnias". Catalina debió exorcizar al pretendiente. No pudo. Aquel demonio la maneó con el rabo. ¡Qué iba a ser de ella sin celos, sin insomnios, sin disgustos! Había perdido el alma. Apeló al rosario. Solicitó de sus protectores

celestiales fe para ella y ternura para el novio. Ambos lo necesitaban con urgencia. Gumersindo, a pesar de todo, seguía portándose como un hereje La hizo cuanta "judiada" pudo. La más cruel de todas fue ordenarla que preparase el ajuar. Solía dejarla atada a una hebra de hilo, mientras él gastaba los tacos en bailes y trillas con "acordeona" cautivando "chiniyas" y soltando chismosas. Catalina siempre le defendió. Sandoval jugador, mujeriego, "entrampao" llevaba miras de no casarse nunca. Y cuando nadie, ni siquiera la novia, creía en el casorio, cumplió su palabra.

—¿Es verdá lo que se dice, Sandoval? —preguntó con miedo la moza.

—¡Siempre andás en chismes, Catalina! —observó él.—¿Y qué has óido?

—Que nos casamos...

—Ansí es.

—¿Podría preguntarte cuándo?

Gumersindo la reprendió. Despreciaba a las mujeres ladinas y curiosas.

—Vos —agregó— tenías una sola virtú: la modestia. Tratá de no perderla. El casorio será cuando se me antoje.

—No te quise ofender...

Al mes siguiente contrajeron enlace. Sandoval acabó por compadecerse de Catalina. La pobre merecía esa reparación. Estaba casi seguro de que serían felices. El con poco se conformaba: un amargo, un puchero, mucha "obedencia" y ninguna contradicción. Ella había sido creada para someterse. Además era zonza, escasa de alma y consciente de su pequeñez. Gumersindo alquiló un rancho sin pretensiones. Cuidó que su hogar quedase próximo al boliche donde, siempre a dos dedos de perderla, ganaba la vida. Y en el nido, Catalina trató de ocupar el menor espacio posible. Achicada, flaca, incomodaba, sin embargo, a Sandoval. Cada día sobrellevó una reprimenda. Jamás abandonó su mansedumbre. Vivían, el marido para alejarse con el último "cimarrón": la esposa para esperarlo con otro "verde". Gumersindo no perdonaba día lluvioso, ni domingo. Se iba sin decir adonde. Volvía cuando se le antojaba. Unas veces en la noche alta y otras su ausencia duró semanas. Al regresar

encontró siempre la misma dulzura, la misma sonrisa melancólica que nunca comprendió. Catalina alejada de los suyos, sola, aislada siempre en presencia o ausencia de Sandoval, apeló al rosario. No pedía cariño. No pedía imposibles. Deseó una hija para entregarle toda su ternura. Juntas se defenderían de la soledad. Tendrían menos miedo de "lo oscuro" y curarían mutuamente sus almas llagadas por la eterna aspereza de Gumersindo Su ruego fue atendido a medias: tuvo un hijo varón.

Hoy Sandoval mira a su primogénito herido de muerte. Luego contempla a la vieja, vencida por la desgracia, doblada, ofreciendo el cuello a nuevos golpes y quisiera pedirle perdón. Calla. No sería oído. A qué hablar ya, si sus palabras no remedian nada...

—¡Rezá! —dice a Catalina.

—Bueno —responde. Obedece por costumbre y, a poco, deja caer primero el rosario y luego los brazos.

Entra la tarde. Sandoval abre la puerta El silencio pone audacia en los gorriones que se aventuran por el patio. Gumersindo los espanta. Recuerda que cuando su hijo tenía pocos meses tiraba manotones a los pájaros. ¿Recuerda el detalle? ¿Le imagina? Lo ignora. Pero se enternece. El gurí nació enclenque, llorón, "ruín", parecido a la madre. No pudo ser "diferiente". Durante todo el embarazo, Catalina no comía nada. Además se puso miedosa. Velaba... El no hizo caso. Combatió sus aspavientos y se propuso curarla volviendo al rancho lo más tarde posible. Lo cierto es que a los dos años el infante no caminaba aún.

—Es débil, pobrecito —se atrevió a decir la madre.

—¡Haragán, dirás!

Catalina apretó al hijo contra su pecho.

—¡Y vos tenés la culpa! —gritó Sandoval.

—¡Sí; pero no me asustés por aura! ¡Teneme pacencia!

Sandoval tomó al gurí por su cuenta. A poco, su primogénito caminaba; pero quedó patizambo. Aquella deformidad ahondó el cariño de la madre. Catalina perdonó al bruto. Reconocía que el nene era de los dos. Lástima que esa propiedad no unie-

se a los socios.

Mientras el tata quería estirarle, ella deseaba que no creciese nunca. Era feliz llevándolo en brazos. Jamás se quejó de la carga.

—Yo créiba que como lo cargo —murmuró,— me lo dejarías criar...

—¿No es macho?

—Lo es...

—¡Entonces es mío! —gritó Gumersindo.— ¿Lo has óido?

—Está bien.

Sacude la cabeza atormentada. Se aproxima a Timoteo. Contempla su rostro pálido. Piensa que nunca mimó al cachorro. A escondidas, retuerce las manos toscas...

—¡Por qué no haberás nacido mujer, hijito! —murmura.

—¿Me habla, tata? —pregunta el agonizante.

—No, amigo.

Catalina deseaba bautizarle con el nombre de Nicomedes, en homenaje a su finada "mama". Sandoval se indignó. El hijo era varón y llevaría nombre de tal, el más áspero, el más feo del calendario. Algo que pareciese apodo, certificado de machismo. Nicomedes se prestaba a dudas. Ignoraba cuál había sido el santo más valiente. Esto le decidió a elegir, aquí abajo, entre sus conocidos. Buscó en pulperías y carpetas nombre para su primogénito. Se acordó del Tape Timoteo Centurión, atrevido, "crudo", jinete y mal "entrañao". Así deseaba que el hijo saliera, con olor a mugre, a sudor de ariscos, a cualquier cosa agria como el tocayo. Y cuando en la pila el cura solicitó el nombre, Gumersindo repuso:

—¡Pongalé Timoteo!

Cargó el pequeño con el "mote". Creció temeroso, contagiado por la angustia materna. Amenazaba faltar a su nombre. Era la antítesis del homónimo. Hasta los siete años huía del "tata". Gumersindo esperó. Estaba seguro de reconquistar su "apego". Tuvo sobra de razones para privarle de mimos. Cuando las manos se le iban, cerraba los puños. Catalina mal interpretó el aparente desamor de Sandoval y él no perdió tiempo en justificarse. ¿Para qué? Era mujer y no podía entenderle...

Una tarde sorprendió a Timoteo con la cabellera rubia cubierta de "toritos". El "mocoso" intentó disparar.

—¡Venga pa'ca! —ordenó.

—Mande, señor —dijo el pequeño adelantando de costado y por etapas.

—¿Quién te hizo eso?

—Yo mesmo, tata.

—¡Miente! Usté no pudo hacerlo.

Catalina se acercó cabizbaja.

—¡Perdoname! —suplicó al marido.

—¿Por qué amaricás a m'hijo?

La madre confesó que era una atrevida. El nene "de Gumersindo" tenía el cabello dorado, hermosísimo y ella quiso saber cómo le sentarían los rulos.

—¡Qué mujer! —bramó Sandoval. —¿Nunca nos entenderemos?— Marchó a la cocina. Regresó con una tijera de esquilar. Timoteo lloraba abrazado a las rodillas de la madre. Sandoval tiró del muchacho que, por poco, desnuda a Catalina y le hizo un tuse de "clavijas". La cabecita del niño quedó sin un bucle.

—Aura —dijo a la consorte,— si querés una gurisa, procurala.

Su hijo sería "ruín", pero macho. Antes lo prefería "dijunto" que mujerengo. Y al evocar aquella provocación al destino alarga la diestra "tembleque" y acaricia el pelo del agonizante. Hoy ese cabello es áspero, mate, oro muerto. Mira el piso de tierra y, a través de quince años, ve los papelillos que sembró. Catalina continúa caída en su querencia; pero Sandoval la imagina arrodillada en el suelo. Recoge una a una las guedejas del niño y las oculta. Aquella noche de la poda Timoteo estornudaba mientras el tata dormía y la madre, rosario en mano, cerraba una oración para empezar la siguiente.

—¿Anda por aflojar, tata? —pregunta el herido.

—¡Qué esperanza, amigo! —Sonríe.— Te hallo mejor.

—Lo estoy —dice Timoteo.

Callan. Entran las voces del campo con sueño. En la higuera aletean las gallinas. Muge la "hosca" llamando a la cría encerrada en el corral.

—¡Catalina! —dice Sandoval tocando aquel la-

mentable atado de ropa.

—¿Qué querés? —responde.— ¿Un amargo?

—Soltá el ternero pa que se mame.

La mujer obedece. Sale con toda la prisa posible. Corre. Minutos después regresa y cae sobre su silla. Ese asiento era el preferido por Timoteo. En él pasó la infancia, pegado a la pollera de la madre. Así le encontró siempre Gumersindo, con la camisa remendada, el pantalón a media pierna sostenido por deshilachada tira de trapo, medias zurcidas y alpargatas limpias. Gracias al pescuezo de pobre, un pañuelo de mano fué su golilla. Siempre tenía el pelo húmedo y rebelde. Al entrar su padre poníase de pie y esperaba permiso para volver a sentarse. Bien "mandao", silencioso, pasaba el día acarreando "cimarrones". La mañana que Sandoval resolvía mandarle al colegio, tuvo un disgusto con la "vieja".

—¿Cuántos años tiene m'hijo, Catalina?

—Ocho cumplidos, con más cinco meses y una semana.

—Pronto viá ponerlo en la escuela —declaró el "tata".

—Yo pensaba llevarlo —insinuó la compañera.

—¿Por qué?

—El colegio queda tan retirao...

—Irá solo.

Así quedó resuelto. Timoteo recibió la pizarra, el cuaderno cuadriculado y demás. Pasaban los días Perdió muchas mañanas azules. ¿Qué esperaba Sandoval? Una tormenta. Llegaron nubes cargadas de lluvia y relámpagos. Entonces el tata ensilló su zaino arisco y ordenó:

—¡Monte, Timoteo!

Trató el niño de trepar. No podía. Sus pies resbalaban en los nudos húmedos del zaino.

—¡No puedo, mama! —gimió.

—¡Porfíe!

—Sandoval —se atrevió a decir Catalina,— es dimasiao grande ese caballo.

—¡Silencio!

Enarboló Gumersindo el rebenque. La mujer se puso en medio. Levantó al hijo. Y a pesar de su miedo, lo "horquetó".

¡Timoteo —dijo Sandoval,— vaya al colegio!

—¡No sé ande queda, señor!

—Averigüe. ¿Y cuidao con cáirse, eh?

Así fue Timoteo a la escuela, temblando de frío y miedo, sobre el zaino brioso que pedía rienda. Se orientó "solito". Los relámpagos le cegaban. No pudo santiguarse siquiera, por no soltar "el charque". Entre resbalones y bajo agua, llegó al colegio. Durante su ausencia Sandoval quemaba un "chala" en la cola de otro y en su rincón la pobre madre encanecía a cada "rejucilo". Al caer aquella tarde, Timoteo regresó con alegría. Clavaba en el flete los talones embarrados. Perdió el respeto al zaino. Y por primera vez, Gumersindo tendió la mano al cachorro.

—Estoy conforme de usté —le dijo.

Así empezó su amistad con el gurí. Lo amaba mucho. No se lo dijo a tiempo. Quiso asegurarle la vida. Por desgracia Timoteo no había salido a los "Sandovales". Carecía de rudeza, de tórax, de audacia. A los catorce años ignoraba lo que era un calabozo y amenazó sentar el juicio. Era necesario injertarle atrevimiento. De ahí que los mimos de Catalina desesperasen a Gumersindo. Ella invocaba al cielo y él a mandinga. ¿Con qué podía topar un mozo gaucho y pobre? Con guapos y baguales, con guampas de cerriles y de miseria. Era fuerza curtirlo, entonces; "retobar" su espíritu, afilar su voluntad que se horquetara sobre el ambiente y lo amansase. Tenía lo principal: vergüenza. Nadie se lo llevaría por delante gracias a las "ráices" heredadas del padre. Esa dignidad de Timoteo amargó a Sandoval. Temía que cualquier "madrugador" acabase con el muchacho. Y buscó armas para defender el brote demasiado tierno.

—¿Vos —le dijo una "ucasión" —dejarías que un hombre grandote le faltase a tu mama? ¿Pelearías con él?

—Pa mí que sí, señor —repuso suavemente Timoteo.

—¿Y te dejarías matar?

—Tal vez, señor...

—Está bien; pero escuchá, hijo: mueren los zonzos. ¿Has óido? Yo no te'criao pa dijunto —le dijo.— Preferí siempre el monte al hoyo. Y pa cuerpiar las dos cosas hay algo mejor que ser guapo y es: serlo y parecerlo.

Por aquellos días llevó a Timoteo al boliche. Le hizo beber ginebra. Quiso saber si el alcohol sacaba a las manos del hijo los disparates heroicos de su raza. No fué así. Timoteo tuvo una borrachera melancólica. Recordó a la madre y vertió lágrimas en el vaso.

Un quejido del cachorro lo llama a la realidad. Catalina levanta la cabeza gris.

—¿Qué te duele, hijito? —pregunta.

—Nada, vieja —responde y cuando la madre ya no puede verle, en voz baja confiesa al "tata": —Balo en cuanto me distraigo.

Gumersindo sacude la cabeza.

—¿Querés que te de una mano pa que la estrujés?

—No, señor.

Obscurece. Sandoval enciende el candil. Continúa sus paseos. Ahora frente al fruto amargo de su sistema, se pregunta si volvería a ensayarlo en otro hijo. Sí. Sufre; mas no remordimientos. ¿Acaso es un "desmadrao"? Soportó en carne viva los dolores de Timoteo. Era preciso ser muy hombre para guapear así durante lustros, desde que su niño empezó a caminar hasta que lo entregó al primer potro. ¡Cuánto padeció en la "ucasión"! Timoteo cumplía diez y ocho años. Sandoval salió de madrugada y a las ocho regresó con un bagual de tiro. El animal era overo, abrojudo, de copete por el hocico y roncador.

—¿Andás necesitando un caballo, no es ansí, Timoteo?

—Ansí es, tata —convino el mozo.

—Aquí te truje uno. Pa vos lo compré.

El obsequiado examinó el presente.

—Parece redomón —dijo.

—No: es potro crudo. ¡Amansálo!

Catalina se encerró a llorar. Gumersindo quedó allí, por coraje, poniéndose a prueba. Timoteo vacilaba.

—¡Salte! —gritó el viejo.

Al tercer corcovo el jinete cayó en tierra.

—¡Suba!

—¡Pa qué, tata! —exclamó Timoteo, sucio de polvo y sangre.—¡No puedo con él!

Gumersindo le desheredó. Un maula era indigno

de usar su apellido. Ningún Sandoval fué maturrango:

—Ya lo sabe —dijo.— No güelva a casa sino es sobre ese bagual arrocinao.

—¡Me falta juerza, señor!

—Valor le falta.

—¡Soy flojo'e piernas!

—¿Se doma con el corazón, oye? ¿Si usté no puede con ese animal, cómo va poder con la vida?

Timoteo hizo avanzar las reservas. Quemó coraje. Diez veces fué "basureao" por el pantallazo del corcovo y otras diez se aferró a la "crinera". Afirmado con los piguelos y en el orgullo, luchó con el overo. En yunta pecharon los alambres. Rodaron en yunta. Y cuando el bellaco se entregó, volvieron "soldaos" a la querencia. Los dos tambaleaban. Uno perdía sangre por las narices, el otro por las verijas aradas a espuela. Al verle, Gumersindo le dió su bendición. Algunos meses despues de aquella hombrada, Timoteo entró en el comedor. Ceñía vincha. Olía a potro.

—Mama, —dijo tendiendo la diestra a Catalina,— aquí tiene estos pesos.

—¿Jugaste? —preguntó ella mirando de soslayo a Gumersindo.

—No, señora. Los he ganao trabajando.

—¿Y cuál es tu oficio? —intervino el tata.

—Domador.

La madre se puso a llorar. Llevó otra reprimenda del marido. Era inoportuno su llanto. Timoteo, varón, capaz de domarse y hasta de domar a los demás, merecía que ella, rosario en mano, diese gracias al cielo.

—¿No andás siempre rezando por los rincones? Hacélo hoy, mujer. Agradecé este milagro.

Desde entonces Catalina empezó a despedirse del "hijo de Sandoval". No dormía por mirarle dormido. No "sestiaba" por bombear el camino a la espera del muchacho que se le iba. Anteayer Timoteo se levantó con el lucero y encontró a la madre sentadita en un rincón.

—¿Vieja —dijo,— qué hace aquí?

—Te espero —respondió.

—¿Quiere algo?

—Quisiera que hoy no jueses a domar. ¿Por qué

no me hacés el gusto, hijito? ¡Hace tantos años que no te pido nada!

El la hubiese complacido. Pero Sandoval, desde la pieza vecina, oyó el ruego y se opuso. Ya era hora de que su consorte se dejase de agüerías y desmayos. Si sugestionaba a Timoteo, resultaría causante de "cualisquier lomazo".

—¡Yo —terminó— prefiero domar un burro que una mujer!

Bajo esos gritos se alejaron. El mozo montó en el overo y Catalina huyó al tambo a ordeñar. Ese día tomaron leche aguada.

Cuatro horas después, Timoteo cayó bajo las "manos" de un bagual. Se muere. Gumersindo lo sabe desde hace un rato. Catalina desde hace un año. Por eso está deshecha de cansancio. No puede con su alma. El marido continúa de pie, se acusa, quema tabaco y pasea, pasea...

—¡Mama! —dice ahora el herido.—Acuestesé.

Con su voz más dulce, ella replica:

—Aquí no estorbo...

—¡Pero hace días que no duerme, vieja!

—No tengo sueño...

Entonces Timoteo se dirige a Gumersindo.

—¿Tata —dice con gran esfuerzo—la oye?

Sandoval siente que la muerte ha entrado en el rancho. El agonizante araña las ropas del lecho.

—¿Me precisa, hijito? —pregunta el viejo.

—Sí... Alleguesé más...

Obedece. Inclínase. Cuando la cabeza del progenitor le oculta de las miradas de su madre, Timoteo hace una guiñada al viejo.

—Estoy mejor —dice.

Gumersindo comprende y responde:

—¡Gracias a Dios, amigo!

Al rato, el moribundo logra hablar otra vez:

—Mandelá a dormir...

—¿Has óido, mujer? —dice Sandoval con la poca aspereza que le resta.

Pero Catalina "se deja estar". Sus dilatadas pupilas van del hijo al marido y luego bajan...

Timoteo tiene prisa en alejarla de allí.

—¡Apurelá..., señor! —suplica, crispando las manos.

—¡And'a costarte, pues! —ordena Gumersindo.—

¿U querés que te lleve de un brazo?

Obedece. Sabe que el marido es bruto capaz de cumplir la amenaza. Se incorpora y camina encorvada, haciendo lo posible por apurarse. Desde la puerta del dormitorio vuelve a mirar al hijo y sale. Los dos varones esperan... Oyen crujir la chala del colchón. Entonces Timoteo deja caer su cabeza en la almohada. Sus párpados caen. La diestra busca asidero a tientas. Gumersindo, pálido, más blanco que el moribundo, toma aquella mano ciega. Pasan varios segundos así. Timoteo lleva a sus labios la izquierda vacilante. Recomienda silencio. En seguida abre mucho los ojos y ya no vuelve a cerrarlos. Su mano, crispada un momento, se afloja, pesa. Gumersindo mira hacia la alcoba. Tiene miedo que Catalina sienta pasar el frío y se asome. En seguida desea, necesita llamarla. ¡Que venga, que sufra con él, que le acompañe! Se ha quedado solo. Timoteo le ha "dejao" solo, maneado a su mano cada vez más fría. El hielo se corre por el brazo y llega a su corazón. Va a gritar. Calla. Faltaría a la recomendación del finado. ¡Engañaron a la vieja! Sacáronla de allí en yunta, a dos lazos, a dos corajes: Timoteo como un Sandoval que era. El, como hombre "probao". Le veía morir y sonrió. El "niño" sentía la muerte y la detuvo, la aguantó sin resuello casi, para que su pobre "mama" no padeciese. Quedaron los varones no más. Entonces, sin aspavientos, sin gritos, dejó que el corazón se hiciera el gusto.

—¡Que decente juiste! —murmura.

Nota que sus palabras le enternecen, que va a sollozar si se descuida, que está llorando sin saberlo. Calla. Espera juntar calma. Y una vez rehecho, besa la frente del finado. En seguida entorna los párpados del hijo. ¡Qué duerma! Que no asista con pupilas vidriosas al regresar de la madre...

—¡Basta con que yo estea presente! —piensa.

Siente ruido en la alcoba contigua. Sandoval permanece inmóvil, conteniendo la respiración. Sabe que debe rendir cuentas a Catalina, la mansa. Teme su regreso. Ya Timoteo no puede ayudarle. Espera... La mujer no asoma. Tal vez duerme. Acaso se ganó en el alivio del sueño. Nunca fué muy vigorosa la "inocente" y lleva dos días de purgatorio. Gumer-

sindo sigue alegando con la conciencia. Hasta hace poco creía estar en su derecho. Hizo a su hijo y lo deshizo. Ahora teme haberse equivocado. El dolor lo serena. Comprueba así, en su carne, que Timoteo era suyo. Está pagando su muerte. Ha recibido un hachazo. Su dureza acaba de caer de filo sobre el leñador. Mereció el castigo; pero le duele el alma hendida hasta las "ráices"...

Un brazo del finadito cuelga al costado de la cama. Con gran esfuerzo Sandoval consigue levantarlo. Coloca en cruz las manos del hijo Quisiera poner entre ellas algunas flores de yuyo... Desiste. Timoteo difunto sigue siendo varón. Y su "tata" lo mismo. Jamás esquivó ninguna responsabilidad. Salió al encuentro de las desgracias para ahorrarles camino... ¿Y va a temblar hoy ante una pobre mujer? No necesita ni consolarla siquiera. Catalina sufre tanto como él, pero no más.

Se sienta a esperarla. Al ver el rosario caído en el suelo, recuerda que Catalina no ha rezado según costumbre. Lo recoge. No cree en esas cosas... Maquinalmente hace correr las cuentas entre sus dedos. Cobra ánimo. Su mujer puede entrar cuando quiera.

—¡Rezále! —la dirá.

Más en seguida presume que Catalina tiró el rosario. Encuentra que tuvo razones para hacerlo. Pero ese eclipse de fe desaloja a Sandoval del último reducto. Tendrá que esperarla a mano limpia, a pie firme, a ojos secos. Pasan los minutos. Se acerca la hora. Su mujer llegará fatalmente. Cuando entre y con ojos nublados le pregunte por el hijo, ¿qué dirá a la vieja? Nunca tuvo en cuenta su dolor. A la resignación de novia, de mujer, de madre, respondió con "bufidos". En aquel rancho, su voluntad fué ley. ¡Basta! Resuelve seguir legislando. Mira a Timoteo y del cadáver sube un frío que apaga su decisión. Teme a la compañera. En su dolor quedó un hueco para el miedo. Comprende que el "niño" era de ella, de la madre, de Catalina sola. El se lo quitó. Es inútil que exhiba sus muñones, el orgullo en tapera, el nombre mocho para siempre. Su vieja perdió más. Sabe que la madre del "finao" no le dirá nada, nunca...

¿Por qué la teme entonces?

Sabe que seguirá calladita con su cruz a cuestas, que es incapaz de un alarido, de una imprecación, del menor reproche. Catalina, suave, resignada, se tenderá a sus pies. ¡Es tan poca cosa!... Alzará hacia las suyas las pupilas interrogantes. Pero de todos los rincones, mientras dure su vida, siempre, le saldrá al paso su silencio. ¿Y él, de dónde sacará fuerzas para soportarlo?



INDICE

Talleres Gráficos Vanguardia

La Paz - Canelones

R. O. del Uruguay

cuentos escogidos

YAMANDU RODRIGUEZ

